

LA FABRICA

por Carlos Sepúlveda Leyton

Biblioteca América

Vol. XVII

Carlos Sepúlveda Leyton apareció en la literatura chilena — en la americana — con un libro consagrador: "Hijuna".

Por no pertenecer a ninguna capilla literaria es probable que no se le concediera toda la beligerancia que merecía esa novela suya. Llena de lirismo, precisamente por carecer aparentemente de éste, Sepúlveda reveló en aquel libro su pujanza y su dolor. Porque no es el suyo un libro escrito de cualquier modo ni por mera gala literaria, sino uno de aquellos volúmenes en los cuales se pone la vida entera.

Hoy, Sepúlveda lanza otro libro: "La Fábrica". ¿Qué fábrica? No es la reunión de obreros que trabajan en determinada industria. El título de Sepúlveda posee una refinada ironía. La fábrica suya es la fábrica de maestros. Ahí donde se elaboran conductores de pueblos en serie, sin parar mientes en las cualidades fundamentales del espíritu. Con una disciplina contraproducente y con una injusticia desconcertante.

Sepúlveda Leyton es maestro de escuela. El drama que pinta es el drama que ha vivido: no el que le hayan referido.

El estilo de este fuerte novelista chileno es plástico. Se parece mucho al estilo de los novelistas alemanes. Hay rezagos de Glaeser, de Mann, del propio Remarque de "Después", y, a ratos, cierto aliento que más que a los rusos de hoy, hace recordar el sentido pintoresco y sardónico de Gogol. En suma: un gran libro de hondo interés psicológico, de verdadera importancia literaria y de gran contenido social.

EDITORIAL ERCILLA

LA FABRICA

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscrip-
ción N.º 3922. Queda hecho el depósito legal.

CARLOS SEPULVEDA LEYTON

LA FABRICA



BIBLIOTECA AMERICA
XVII
SANTIAGO DE CHILE
1935

Se me asustan los pies en el mosaico encerado del hall. El bisel de los dibujos empuja y pone en relieve una estrella gorda, extendidos los agudos picos chaflanados, como una estrella de mar que me punzara el susto de los pies.

Se nos ha dado un papel con un número. Y somos un número. Un número negro sobre blanco, igual que bestias en la feria. Un número que nos controla y nos determina: un puño cerrado en el fichero de una fábrica. Todo el mundo arrellanado en mi juventud aplastada por el número, como en los hospitales. El número, el 148, se me hunde en el cerebro, y es una monstruosa araña de fierro oxidado que teje un enredo pavoroso de rejas, y cerrojos, y cadenas macizas y apretadas, como en las cárceles.

Los espesos muros me tapan la cordillera que en estos momentos ha de mirar con pena nuestro encierro.

Resbalamos en el hall. Las palabras pisan los oídos con pisadas de gato. (Nos vigila una mirada que sólo sabe decir que no.)

—(¿De dónde...?)

—(No sabía nada...)

—(Ojalá...)

En el hueco que hace la ancha escalera del lado de arriba, hay una puerta abierta, y el fondo estrecho, atosigado de ropas de cama, es una ratonera.

—Mire el viejo... parece ratón... ¡y qué sé yo! Etcétera.

Somos un grupo negro de normalistas recién "ingresados".

Somos un terno negro, nuevecito; y una bolsa de cotí, y un tongo. La bolsa de cotí, a los pies; el tongo funeral, en la mano derecha. El blando forro de seda del tongo, es como la pomposa almohadilla de seda arrugada debajo de la nuca de los cadáveres soberbios.

Atajando la luz de la ratonera, un cuerpecillo de viejo se pára a intervalos en la puerta y grita un número:

—¡120...! ¿Quién tiene el 120...?

—¡Más vivo!—ordena secamente el inspector.

Sus ojos son dos letras mayúsculas: "NO". Todo entero es apenas un cuerpo pequeño, insignificante. Pero sus gestos medidos lo agigantan. Además, y eso me apañusca, no resbala en los mosaicos.

—(¡Echale, diablo...!)

—(¡Y qué sé yo...! Etcétera.)

—El 120... ¡Reciba su ropa el 120!

Raspamos los papeles en el aire, y con los brazos en alto levantamos una carpa de circo, y los números desarticulados hacen acrobacias en los trapecios.

—¡Silencio!

El circo se aplasta.

—¡Venga a recibir su ropa el 120! ¿Quién tiene el número 120?

El inspector investiga el crimen en nuestros ojos. Pero parece que nadie ha cometido el crimen.

—(¡Pelotas...!)

—(¡Qué sé yo!)

Se adelanta un jovencito muy correcto, el cuerpo suelto, casi elegante, como si el terno nuevo no lo apialara.

—¡Ah...! ¿Es usted el 120...?

—Señor... era para decirlo... Yo no soy el 120...

El demonio asoma la cola en el grito unánime:

—¡Yo tampoco...!

—(¡Echale, diablo...!)

—(¡Pelotas...! ¡La novedad...!)

Es un muchacho algo rechoncho; cincelada en piedra la frente preñada sobre un rostro serio, de viejo, el que dice ¡pelotas!, dice su palabra para él, para adentro, sin mirar, sin gestos.

Vuela el señor inspector—parece que vuela sobre el piso encerado que me aflige los pies—, y vuelve de la inspectoría hojeando un libro.

—El 120..., el 120... ¡Ah...! ¡Señor Guajardo! ¿No está el señor Guajardo...?

—Guajardo soy yo... para servirle...

Hace sorbos por las narices, feos sorbos, y es gordo y zafio, como un terrón en los surcos.

Me golpea la nuca el resbalón de los zapatos nuevos.

—... ¿Usted...? Hombre... ¡Pero qué le pasa que no contesta si es usted el 120...! Paciencia... Hay que dejar el caballo en la puerta, amigo...

Hierve una tetera en las narices de Guajardo. El inspec-

tor me molesta el estómago. La imbecilidad del inspector apabulla los tongos. El desprecio hace muecas en mis labios; pero mi desprecio se estrella contra las astas toriondas de los bigotes y contra el NO de los ojos, y el inspector—un muchacho agrandado y cursi—a mi pesar nos dosifica el aire.

—¡Echale, diablo...!

—¿Qué...? ¿Significa qué...?

—¡Que no soy adivino... pues...! Y me vine en tren... y soy de Buin... para servirle... Mire (y le muestra las manos). Para que vea... ¡No me dieron papel...! (¡Echale, diablo!)

Se nos pinta la risa en los dientes.

La más alta montaña del mundo se hace de algodón.

—Mi deber es dejarlos a todos un domingo sin salida... pero no quiero... ¡Reciba su ropa!

Nos echamos el atado al hombro. El Estado nos presta frazadas de cuarteles. Y también paga profesores para que nos hagan buenos, y también nos regalará la comida.

Subimos las escaleras, y los peldaños se quejan. Las escaleras forman una Z recostada en los descansos. Me da por sumar mis números:

—1 y 4, 5; y 8, 13... ¡Vamos a ver qué suerte tiene el número 13...!

—¿Qué dice, compañero...? Es decir... decía... (levanta la mano libre), digo... Etcétera...

Es apenas un metro de normalista... Bailaría como una pirinola si le diera un torzón en la cabeza.

—No digo nada, mire...

—Hablando solo como.... ¡qué sé yo...!

—¡Pirinola!

—¡Hay pirinolas cucarras!

—¡Depende!

En los altos, hundimos el alma en una profunda sala de hospital. Los catres de hierro se alinean por los pies. El gas, a media luz, silba intermitente, como si tuviera frío, y oscila una luz de vela en los extremos de los cañutos suspendidos en forma de cruz.

Es otro inspector el que nos vigila. Me parece haberlo visto adosado a las blancas columnas del hall, observándonos. Es un señor bajito, delgadito, calvo.

Las sábanas albas se inflan al ser aireadas, y forman globos, y se agarran un poco a los cabellos del aire, y se estremecen con calofrío de agua, y caen laxas sobre el colchón delgado.

Un muchachón deshilvanado tiende su cama al lado de

la mía, y mientras enreda las ropas habla rápidamente no se sabe qué, atropellado, como si las palabras lo dejaran atrás, y él quisiera ir adelante de las palabras.

El inspector, afirmada la espalda en la covacha barnizada de rojo pálido, se empina hasta hacer sonar los huesos, y nos deja caer, con voz grande y ronca, la Disciplina.

—¡Apurarse...! Al toque de silencio, todo el mundo debe estar en cama... ¡Estrictamente en cama! La Disciplina es... ¡absolutamente “al pie de la letra”...!

Queda puesta la camita estrecha, y la simetría implacable de lo exactamente igual e inmóvil, da la sensación, más que de hospital acogedor de las angustias, de morgue cerrada a toda misericordia. Nos acostamos enfundados en largas y blancas camisas de dormir, según modelo. Hacemos una visión de ánimas, de esas ánimas un poco calaveras, de los cuentos. Resuena la voz terrible del inspector exiguo:

—¡Quedarse dormidos!

Resuena la voz con profundidades angustiosas de responso.

(No pensar en nada..., dormir... “al pie de la letra”... la primera obligación... el Reglamento... ¡Vaya!)

Desde abajo, sube y corre por el edificio enorme el campanileo eléctrico: un toque largo, sostenido, hostigoso; otro toque más corto, y el breve imperio de un silencio que parece que sonara; de pronto, un toque breve, seco: ¡rrrrrr!

Ahora, en silencio, en puntillas, el señor bajito, delgadito, calvo hasta la nuca, recorre el largo dormitorio. Pasa a otros salones y vuelve nuevamente al nuestro. Se detiene al medio e inspecciona atento tendiendo el oído como los gatos. El muchacho que está a mi lado se persigna por debajo de la sábana, y esconde su fe como si temiera que se la quitaran. El inspector, gravemente, cuelga las manos cruzadas en su calva limpia, y se queda inmóvil. Sus brazos colgados de la calva le dan un aire de pájaro. Después, sin ruido, afelpados los pies, sale.

Amasamos el silencio con todas nuestras fuerzas, hasta formar una pasta de silencio, una gelatina que se puede tocar con las manos medrosas. Pesa el silencio, gravita en el pecho.

Como venido de muy lejos, se extiende poco a poco un estremecimiento suave. El piso entablado parece encogerse, levemente rumoroso. El estremecimiento del piso se va acercando cautamente, como si un enorme oso felpudo, de esos que se ven en las estampas nevadas, avanzara agazapado.

En la penumbra alucinante de la puerta que se esfuma al extremo del largo salón, brillan rutilantes dos cristales re-

dondos en lo alto de un brochazo de sombras, y los cristales dividen en dos una cabezota esférica, y todo aquello semeja la inusitada aparición de un buzo. Emerge, poco a poco, desde el seno de las aguas sombrías, y, a la suave luz del gas, la pretensión de buzo—en maravillosa prestidigitación—se transforma en un anciano majestuoso. Como un perrillo dócil, el hocico entre las manos, lo sigue en silencio y cabizbajo el hombrecillo de la calva. Majestuoso, anciano y robusto, su cabeza nívea y potente sobrepasa los cañutos del gas. El cuello corto y macizo está abrazado en dos vueltas por una línea de piqué blanco que hace un ancho corbatín en el pecho alto. Se inclina hacia el hombre bajito y es como si una montaña quisiera iniciar un saludo de circunstancias; y el hombre bajito estira penosamente el esqueleto, y se desarticula, como si fuera un alambre anudado que, al estirarse, rompiera los nudos con ruido de huesos. Así, hacen una sola pelota las dos cabezas. En la calva del enano viejo reverbera la llamita del gas, oscilante, y las oscilaciones dibujan dedos, y los dedos pintan sombras. Hablan quedamente las dos cabezas, como si temieran despertarnos.

—Uuss... alláa...

—... Domingo... salida... “al pie de la letra”...

—... Uss alláa...

Es una voz extranjera la que musita secretos.

—Uuss alláa...

Salen aquellos fantasmas, se deslizan en el largo dormitorio, y, en sordina, vibra el piso a través de los pasillos lóbregos.

Ya podemos mirar de frente, sin levantar la cabeza. Están abiertos los postigos de las ventanas. Los maderos oscuros semejan alas petrificadas en un adiós eterno. Al frente, la comba del cielo oscuro salpicado de brasas parece moverse como una cortina que se nos acercara para protegernos. En el confín, una estrellita huérfana centellea sus brazos luminosos, estirados a la madre que no existe. Al contemplar—entrecerrados los ojos—el abrazo huérfano de la estrellita aislada, alarga la estrella hacia mi pensamiento los rayitos tenues de su alma.

Hundido en la enorme soledad de tantas almas abozaladas en el dormitorio extraño, añorando el tibio calor del brasero familiar, sonrío al acordarme de las oraciones que recé tantos años. Hago un enredo con las palabras, que tienen arrugas sagradas de siglos, y mezclo el Padre Nuestro pueril con la doctrina pueril de la Nebulosa. Repaso una extraña oración mental, sin rogativas y sin fervores, aplastado por la

contemplación de un abismo desconocido y sin límites: inmóvil el pensamiento, inmóvil el universo, la vida es una larga pena.

Desde la ausencia—estoy ausente de todo—, desde lo más lejano de la ausencia, viene a remecer mi pasado el aullido de una locomotora en marcha. El ruido del tren en marcha se ríe de la Disciplina: como un suave temblor prolongado, haciendo ron-ron, se cuele en el dormitorio y parece jugar como un chiquillo travieso que bailoteara y nos sacara la lengua.

Entonces, en la cabeza de uno se echa a rodar el cinematógrafo de la fantasía.

La Estación Central está remozada a la espera del ausente, del tren que ayer partiera en un arranque de nervios, y que vuelve en la noche escondiendo el cansancio en el alegre estruendo del pito, trotando, el tren, con todas sus patas redondas, para humillarse al fin, y cerrar los ojos en el alero de la casona patriarcal.

Y en el silencio amasado a la fuerza, parece que fueran los fierros del catre los que chirrían al frenar el tren en la estación cercana.

Atropelladamente, los pasajeros, en la noche deslumbrada por los grandes focos redondos, bajo el alto techo curvado que abriga los andenes como una capa negra, se trituran los callos histéricos, maldicen y abrazan, cabecean las maletas en las ventanillas, cuelgan de las patas a las gallinas, que, azoradas, defecan penosamente rosquillas de cal; y gritan y escandalizan, los pasajeros, llamando sus canastos, sus perros y sus niños.

Los canastos desbordados balancean su plenitud desde los hombros del cortero de gorra roja, y le golpean las canillas. y el hombre gatea rápidamente, ansioso de zafarse de las boleadoras que le manejan; gatea el cortero y juegan y se columpian los canastos, y el cordel muerde los huesos del hombre sufrido, y gatea la gorra roja, y el cliente atropellado grita que no se apure tanto:

—¡Sinvergüenza! ¡Espérame, hombre! ¡Mis canastos! ¡Diablo!

Gritos de ofertas; gestos de aceptación. Direcciones de hoteles baratos toreando los ojos con la capa blanca de las tarjetas; toques de bocina; viejos aurigas que—al festonar la huasca en el aire—escriben una súplica en el viento; vocinglería campanillera de los carros eléctricos que corren veloces y hacen trastabilleos en las esquinas, como si tropezaran a cada cuadra, cegados por la alegría infantil de acercar al que regresa.

El fogonero lustra las bielas incansables, y sonríen con sonrisa de plata los inteligentes b iceps de la locomotora jadeante. El maquinista se alinda las manos sudorosas, restreg ndose un puñado de huaipe.

Pero es una locura estar pensando. Lo mejor es dormir "al pie de la letra". Porque mañana... antes de que se ponga a patinar el sol en la nieve, cuando el sol est  todavía a tropozones con la Cordillera, todos debemos correr a los lavatorios, picados por las mil agujas del timbre que ordena levantarse a la hora exacta, "al pie de la letra". Hay que dormir sin pensar en nada, Juan de Dios. La gente grande es la que piensa. Los muchachos no piensan, las piedras no piensan.

Pero, en el silencio grueso amasado con todas nuestras fuerzas, gruesas voces borrachas desentonan a grito herido:

—Para subir al cieloo...
se necesitaa...
una chiquilla flacaa...
y otra gorditaaa...

Lejos, algún policía en apuros horada las sombras con el clamor de su pito de hueso, y se atropella en el silencio un apresurado galopar en las piedras, y se oye un ruido de sales.

Los borrachos parecen agarrados a las rejas verdes del jardín y vocean gruñidos. (El jardín es como la sonrisa del pesado edificio que fabrica maestros de escuela, y con la sonrisa intenta hacerse perdonar su duro destino de cárcel).

Ahora, los borrachos están como soplando en la trompeta hecha con las manos ahuecadas, y dan locos trompetazos a modo de ventarrón que jugara con las hojas secas:

—Fru... fru... fru... fru...
Era una dama de café chantant...

—Fru... Fru...

(Un borracho sostiene ese solo ronquido, insistente, enfurru ado: fru, fru, fru, fru...)

—Era una dama de café chantant
que en una noche...

—Fru... fru...

—de dulce ilusión...

—Fru... fru...

—entonaba esta...

—Fru... fru... fru... fru...

Relampaguea una herejía y la palabra MADRE! penetra al salón, y recorre las camitas blancas, como si una sola madre, la madre de todos nosotros, viniera de lejos, un poco sucia con las porquerías de los caminos, a mecer, sonriente, a cantar blandamente su canción de madre.

Pero no hay manera de dormir en esta noche estremecida por todos los ruidos de la vida que no quiere dormirse. Y los borrachos no quieren callar. Ahora balan:

—Ya sé que vas diciendo que soy malaa...
que el alma ten-goo... ne-graa... muy negraaa...
que soy interesada y pre-ten-sioo-saa...

—(Fru... fru...)

—¡Aa-guaa... que no has de be-beer...
dejaláa... coorre-er...
dejaláa... dejáláaa...!

—(Fru... fru...)

Y, desde el fondo, como si en la misma escuela ardiera la fiesta, desde el otro lado de la pared alta y lisa, con lustre de cemento; desde el fondo de algún cuartucho de los conventillos, culebrea por entre los colihues que sujetan los alambres para tender la ropa blanca, culebrea y se agarra a las lisas murallas, como las lagartijas, el palmoteo tristón de la miseria alegre, y algazaran los ¡huifas!, y ronquea el zapateo de punta y taco, y azuza el coro que anima la cueca:

Una ficha negra
y otra coloráa...
y una conductora
que no vale naa...

El muchacho que tiene su cama frente a mis ojos, se vuelve con grandes precauciones hacia el lado izquierdo, y el mohoso sommier lo amenaza con su denuncia quejumbrosa; el muchacho levanta levemente el cobertor, estira la manga blanca de la camisa de dormir según modelo; rechina la portezue-

la del chato velador y hace en el silencio sordo tres cruji- dos ahorcados en seco, de a uno en uno; luce la bacinilla y el muchacho mea despacito... Me invade—emocionándome dulce y penosamente—el propósito de llegar a ser un perfecto normalista. Frunzo los párpados enérgicamente; pero... ;vanidad de los grandes propósitos! La somnolencia que adormilaba mi frente con la caricia de sus largos dedos de sombra, arranca saltando por el dormitorio, y, en la cruz de los cañutos del gas, riéndose, hace acrobacias como los barristas de circo. Abro los ojos, cansado del inútil esfuerzo de engañarme a mí mismo.

Temo no lograr ahora, ni nunca, un buen entendimiento con la campana. A lo mejor, cuando ordene levantada, yo me esté quedando dormido; y yo, que he velado cuando todos duermen, acaso me quede dormido con un sueño de toda la vida, cuando estos muchachos despierten.

Sesenta y tantos muchachos tenemos el deber de dormir en estos catres blanquisucios. El muchacho con cara de viejo tiene las manos cruzadas sobre la colcha, y ronca con una muy grande satisfacción de roncar y de ser escuchado. Mi compañero atarantado, sopla como si estuviera apagando una vela, sopla el soplido de las viejas sin dientes. Un muchacho dice claramente: "¡No tiene ruedas, no tiene ruedas!" Otro se sienta en la cama y da unos manotazos y ríe una risa idiota.

—¿Quiénes son "éstos"? ¿Sufren, sueñan?

Me parece pretensioso sorprenderme pensando que soy más viejo que mis años. Mis amores... Mi barrio, mi madre, mi perro, y, sobre todo, Lucy... Y estos largos años de encierro han de deslizarse pasito a pasito, con la inmovilidad de esta larga noche. Si me olvidara... Habría que matarla..., inventar una caricia que la matara...

Aborrezco el tongo... Esta escuela podría tener un horno y una chimenea... que volaran los tongos por la chimenea, con alas de humo... De futre no seré otra cosa que una plumilla de cardo vagabunda... La Fábrica no me podrá fabricar... no quiero... no quiero...

Me gustan los hombres bravos, de una pieza; mansos, pero con la bofetada a tiempo. No me gustan los hombres que andan con la tristeza en la cara, viendo modo de vender la tristeza.

Titila la luz del gas, azuleja, y hace ronquidos, como si quisiera dormirse.

Yo que soñé ser un hombre robusto... estudiando para caballero... (Un mandil de cuero retostado por las chispas que saltan del hierro ardido; la bigornia bien templada haría

tilín; la fragua bermeja... el "macho" macizo, y mis brazos duros, y los besos blandos de la mujercita...) Pero todo eso ya se fué... ha doblado el recodo del tiempo...

La medianoche tañe en la caja ronca de un reloj insomne. Las campanadas las dicta el deber del minuto exacto. Las ánimas deben andar a la pesca de un rezo... Las alegres brujas cruzarán los aires... la bruja más vieja habrá inventado un pecado nuevo... y volarán las brujas cabalgando escobas, atisbando el lecho de las vírgenes.

La medianoche, arrinconada en este edificio enorme, parece aletear exorcismos desde la cruz del gas, y el pensamiento se hunde en las profundidades cabalísticas de la carne pusilánime.

Y, en este momento medroso, el miedo florece en una viva y blanca flor, y la vida sonríe en el dormitorio, y una voz alegre grita:

—¡Carneros! ¡Arriba, carneros!

En el rincón del dormitorio, allá donde se tiñe más la sombra, brinca una camisa larga. Es un muchacho flaco y muy crecido. Parece saber que la Disciplina duerme plácidamente a esta hora, porque a esta hora corresponde dormir "al pie de la letra"...

Hace volteretas el muchacho y camina ágilmente sobre las manos. La camisa según modelo se abolsa en los hombros del payaso, y deja a la vista el cuerpo magro.

—¡Carneros! ¡Carneros!

Deja de roncar el niño con cara de viejo, se sienta de un salto en la cama, y protesta:

—¡Pelotas!

Apoyamos la espalda en los hierros helados de la cabecera, y, de un tirón, nos descosemos las bocas.

—¡Echale, diablo!

—¡Bravo, colosal y qué sé yo!

Mi vecino corre desalado tras el torrente de palabras que se le vuelan de la lengua.

Se endereza el saltimbanqui y hace su presentación:

—Carneros... Yo soy el Mono Marín... Buen amigo... Conducta... ¡cero! Me dejaron "pegado", carneros...

Y como si esto le alegrara, hace un revoloteo con la camisa larga y deja al descubierto las canillas flacas y peludas. Vuelve a ponerse de cabeza y anda a lo largo del dormitorio con manotadas seguras, y nos muestra su desnudez ahumada de olla de greda. Hace movimientos que hundan sus hombros en el piso, en una flexión profunda y sin esfuerzo. Abre las piernas a modo de brazos, y las articulaciones suenan con rui-

do de nueces partidas. Las nalgas se mueven con movimientos redondos. Se oscurece la sombra en la hondonada de la nalga, y cae lo demás sobre la barriga con lacios saltitos de goma.

Me dan ganas de pegar brincos; pero me sujeto... Acaricio el propósito de ser un perfecto normalista.

Respira fuerte el Mono al levantarse.

—Carneros... esta noche les "liga" capote... Vivo el ojo, carneros... A los tontos les pegan más... Hay que tener hartas hermanas, carneros...

Afirmado en el marco de la puerta, estira el cuerpo y pone atento oído de zorzal. La camisa blanca hace una pequeña pelota de fútbol en el trasero. ¡Qué tentación de pegarle una patada!

Silba suavemente, hace una espera y vuelve a silbar.

—Ya vienen... ¡Hay que tener hartas hermanas!

Entra al dormitorio una hilera de fantasmas y se les conoce el temor en la manera leve de pisar. Con papel de escuela se han hecho una careta para regocijo de guaguas. Con la almohada al hombro se distribuyen los títeres por entre las camas. Algunos de los nuestros se enrollan materialmente debajo de las ropas, igual que los niños cuando la mamá busca lo gordo para la palmada.

—¡A ver!—ordena el más corpulento, un gordiflón con patas de billar. La voz ahuecada suena a melodrama. Da risa y me río. (No es tan triste la vida, caramba).

—A ver... Tú, gordo..., tú que estás con la boca abierta... y tú, diuquita muerta... ¡Salgan al medio!

—¡Echale, diablo!

—¡Esto es un abuso; me resfrío!... Etcétera, etcétera.

Pero obedecen. Guajardo, haciendo sorbos por las narices, y el pequeño y "parado" Pirinola, manoteando protestas. Pirinola se traga el miedo como puede y se "empala".

—¡No lo permito! ¡No me toque nadie! Porque... ¡qué sé yo!

Cae sobre Pirinola una lluvia de almohadazos. El muchacho con cara de viejo grita:

—¡Muy bien! ¡Péguenle más!

Se vuelve, enrabiado, Pirinola, herido por la deslealtad.

—¡Eres un chanchito, Carmona! ¡Decir que me peguen más!

—Por pelotas...—dice Carmona tranquilamente, con autoridad solemne de juez.

Guajardo se ríe con una risa de potrero florido.

—¡Cállate, bruto! ¡Pero qué bruto!

—¡Echale, diablo!

Guajardo baraja los almohadazos riéndose amistosamente.

Se hace un grupo para obligar a los dos carneros a cumplir las órdenes. El jefe se envalentona.

—¡Hincarse! Los brazos en cruz... Eso es... ¡Pongan cara de religión! Un Padre Nuestro... ¡Ya!

Nos reímos a la vista de los dos bultos blancos, arrodillados, los brazos penitentes, la cabeza baja. Pirinola parece un saquito de cuarto de quintal al lado de un quintal de harina cruda.

—¡Rápido el Padre Nuestro! ¡Rápido!

—“Padre Nuestro que estás en los cielos...”

Y en mi cabeza se desenrollan las palabras eternas y me acarician blandamente...

—“Santificado sea tu nombre... venga a nos tu reino...”

—En latín... carneros... ¡En la-tín! ¡Que Dios no entienda de otra laya!

—¡Echale, diablo!

—Páter nóster... Páter nóster...

—¡Hay que darles purgante!

Después, llueven los almohadazos en nuestras cabezas. Carmona patalea en la cama, y hace como que dirige la cosa:

—¡Peguen, compañeros..., peguen fuerte!

Nadie le pega a Carmona.

Pasada la zurra, se sientan en las camas y nos preguntan achuladamente por la familia:

—Carnerito... ¿cuántas hermanas? ¿Rosa? Precisamente, carnerito... precisamente... ¡Me falta una Rosa!

Estamos bautizados, cumplido ya el ritual del capote. Desde este momento, y no antes, entramos a formar parte de la entongada y enlutada familia normalista. Somos compañeros.

Cuando se van, enfundados en blanco, ya sin careta, los muchachos dan la impresión de sacerdotes de alguna blanda religión imposible, que, a trueque de algunos livianos almohadazos, cariñosa disciplina de alguna religión imposible, permite a los iniciados la libre entrada al Paraíso, al Cielo, o a lo que sea. Se esfuman los fantasmas, ya sin prestigio alguno, y comentamos con simpatía la visita que nos han hecho. Sólo Pirinola acusa:

—Carmona es un chancho... un verdadero chancho. Etcétera.

—Pero, no me pegaron... ¡Pelotas!

Mi vecino, una cosa flaca y morena, me dice a la carre-

ra, como perseguido, atropellando, qué se llama Santibáñez, y que es de Cuatro Diablos... Me repite diez veces que es de Cuatro Diablos, y me mira satisfecho, buscando mi extrañeza... También le entiendo que me quiere decir que tiene cerrado el ropero con un candado de seguridad, y que yo debo comprarme un candado de seguridad..., porque la ropa... El trae mucha ropa... aunque el Prospecto es tan poco lo que exige..., casi nada... ¿Qué se puede hacer con media docena de calcetines y con cuatro to... to... allas?

Me mira satisfecho, buscando mi extrañeza; pero a mí no me importa nada de dónde sea, ni tengo nada que hacer con los candados de seguridad... Yo me colé a la Escuela con apenas la mitad de la ropa exigida... no tengo nada que hacer con los candados de seguridad, verdaderamente, y le doy las buenas noches.

Se hace un gran silencio, y el mundo empieza a pesar y, achatándose, nos oprime los ojos, y la noche se nos filtra en el cerebro, se nos mete en el cuerpo, nos barniza los dedos y la nariz, y nos iguala en un solo montón disciplinado y normalista... en una sola miseria dormida "al pie de la letra"...

II

El toque de diana es a modo de un repique largo como de cien campanillas, que, desde los pies, va agarrándonos y sacudiéndonos, como se remece a los árboles mezquinos para que suelten el fruto. Nos levantamos, es decir, es la carne obligada y perezosa la que se levanta con un gran esfuerzo de todos los músculos. El espíritu se despabila y ayuda en lo que puede a la carne, clavando en la carne empeñosamente las plateadas espuelas del carácter. Tropezándonos, corremos hacia los lavatorios y resbalamos en una pieza grande, bordeada de lavatorios de loza blanca, adosados a un armatoste largo, que ciñe tres lados de la pieza y que está recubierto de latón, igual que el piso jabonoso donde resbalamos a cada movimiento. Hace rosada espuma la esmaltina en los labios entreabiertos, y, en un chapoteo rápido, espantamos el sueño y el frío.

El joven atildado que dijera anoche al señor inspector que él no tenía el número 120, se destaca en la medialuz como un joven alto, de color mate, la nariz dibujando vagamente un "corvo", y, ahora, con gesto meticuloso, cepilla el negro y lacio cabello. Con aire circunspecto, parece querer alejar del espejo la realidad de su nariz, que, sin lugar a dudas, le sorprende ingratamente; pero, a pesar de todo, debe tener algún dulce consuelo, pues, a hurtadillas, le vemos echar sonrisas al espejo.

Trajinamos afanados, con la toalla en los hombros, envolviendo el cuello a modo de bufanda. Pero los rostros se quedan tristes, sin soltar el deseo de estar en la cama tibia, con los ojos abiertos, sin pensar en nada, mirando el techo.

—Es muy "hediondo" levantarse tan temprano... ¿no le parece?

Se contonea como un pato el montón de grasa que habla, redondo y simpático.

—¿Tiene olor, dice?

—Palabra... hediondo... como todo lo desagradable. Vea, compañero, si no es hediondo levantarse tan temprano... Yo me llamo Pedro Baeza y no miento.

Guajardo, con los pantalones sujetos por debajo del ombligo, se acerca, y me dice señalando al meticuloso:

—El gallo del espejo... mire... (y lo señala, el brazo extendido largo a largo, con la aguja del índice). ¡Parece marica!

El montoncito de grasa se rie con toda la esfera muy morena que le han puesto en la cara, y Guajardo lo contempla un momento, sonríe socarrón y amistoso, tira una manotada a los pantalones que resbalan en las caderas, y dice con risa de niño:

—Este... ¡échale, diablo!, parece pato...

Se aleja, riendo su gracia y haciendo sorbos; los tirantes le arrastran en el latón jabonoso y semeja un mono rechoncho, con larga cola.

Unas quijadas de asno se hunden en el lavatorio blanco, y las quijadas hacen rápidas zambullidas, de lado, hasta la mitad de la cabeza, mientras el cuerpo huesudo echa las patas hacia atrás y las manos se agarran al armatoste, y los latones se aplanan aquí y se hinchan al lado, haciendo ampollas que se suceden ruidosamente. Al concluir el juego, las quijadas de asno mueven la cabeza estrecha, corta y rápidamente. Después, el muchacho, alto y huesudo, comienza a saltar en un pie, con la pierna izquierda, y, desde lo alto, la oreja izquierda se cae más abajo del hombro, y hace angustiosos movimientos negativos como si no oyera y quisiera oír el compás del pie izquierdo que salta haciendo corcovitos redondos.

Los vidrios empañados borran el paisaje. Acariciando el vidrio con el dedo emocionado, escribo en la humedad del vidrio las letras amadas... Lucy... azoradamente, pero, temeroso de una profanación, restrego con gesto suicida la mano en el vidrio, y se esfuma el hechizo. Por el ojo nublado abierto en el vidrio, diviso los copos desteñidos de los árboles, y, los árboles aún parecen dormir un ensueño lejano.

Al toque de preparación, después de veinte minutos de afanes, estamos listos casi todos. Ahora el inspector es un señor gordo. Imita una bala de lana, tapando la puerta, y ordena:

—¡Apurarse!

Y la voz imperiosa enreda las manos de los atrasados, y se desesperan tendiendo las ropas de cama, pieza por pieza. Da pena verlos. Ayudo a Pirinola, que, agradecido, me dice que no me necesita; pero que los caballeros, etcétera, etcétera.

Al bajar, nos impone respeto la presencia de unos señoritos que pisan los peldaños reposadamente, sin mirarse los pies. Los señoritos tienen bigotes y se los retuercen con la sa-

tisfacción del hombre que cuenta billetes propios. Apocados, saludamos con respeto a los bigotes, y los bigotes se dignan sonreír. En el vestíbulo, resbalamos en el mosaico bruñado, y el resbalón nos hace agrandar los ojos. Atravesamos indecisos hacia el interior, y nos revolvemos como un rebaño de ovejas, y nos falta sólo balar, acorralados en el angosto pasillo, junto a las anchas puertas que lo limitan y lo iluminan con sus altas vidrieras. Las puertas están abiertas; pero siempre son una barrera para nuestro susto.

Un hombrecito viejo y bondadoso, con una carita redonda de guagua y límpidos ojos azules, aparece con un largo colihue en la mano (en el extremo del colihue un garabato), y nos señala la obscuridad de una sala sin fin.

—Hay que entrar al aula—nos dice.

Se oye un estrépito en las escaleras, y nos asomamos curiosos, apelonando las cabezas en la angosta puerta por la que respira el vestíbulo. Las largas piernas del Mono Marín enrollan velozmente los peldaños, y mientras salta, el Mono manotea la corbata que se le vuela de las manos.

—Me quedé dormido, Rojitas—grita sin temor—: ¡Estos carneros tienen la culpa!

—¿Ya les dieron capote? — me pregunta Rojitas.

—Pero claro...—contesto, sin saber lo que digo.

¿Por qué he dicho eso: "pero claro"? He dicho una tontería. Es una salvajada eso del capote.

—Un capote hediondo... (El montón de grasa se contonea).

—¡Pato!

—¿Pato? ¡Sabe que está bueno, compañero! Yo no miento nunca...

En seguida, hace estrépito otra vez el timbre, y, guiados por Marín, nos formamos siguiendo el cuadrilátero de los corredores. En la ceniza de la mañana, de un lado a otro de los corredores, la formación de los alumnos dibuja una hilera de postes, y se ve sobre cada poste un pajarraco echado, con ojos que blanquean.

Llega el señor Director, y parece que a su llegada, con el albor de sus cabellos, clarea un poco el gris de la mañana. El señor Director, corpulento y sereno, y extranjero, ¡qué pequeños nos ha de ver... si nos ve... y qué imponente le vemos!

Recorre las filas tranquilamente, seguido del inspector, del señor gordo. Se fija en nosotros detenidamente, como para divisarnos, y no nos habla... es decir, si habla, no lo alcanzo a oír.

Atajamos la respiración tanto como podemos, y se nos hinchán los carrillos, y nos ponemos rojos, y tenemos la sensación de estar a punto de reventar, como los globitos de goma que se rompen. Desde muy arriba nos mira los pies, y nos inspecciona sin insistencia; pero nos domina tanto, que hasta el pensamiento se acurruca. Se detiene junto a Guajardo, y el muchacho se pone firme y saca pecho a modo de los reclutas, y sorbe un solo sorbido largo y escondido.

—Uuss alláa... ¡Cordones!

Al fin el señor Director encontró lo que buscaba, y, en vez de alegrarse, alarma:

—¡Cordones! Uuss... alláa...

El mocetón, zafio como un terrón en el surco, se inclina torpemente, afirma una rodilla en el frío del piso de cemento, se le enrojece el rostro, y, después de enrollarse materialmente en sí mismo, consigue amarrar correctamente, con nudo de rosa, los cordones rebeldes. Al levantarse, descansa con largo alivio, suspirando su frase:

—¡Echalee..., diabloo...!

Se acerca a él el señor inspector de turno, gordo, severo, un poco turno.

Su nombre...

—Guaja... ¡Echale!... Guajardo, señor... para servirle.

Se aleja el inspector anotando el nombre en una libreta de tapas negras. El señor Director da la vuelta completa al cuadrilátero, y, despacioso, se va al interior, empujando la niebla con su corpulencia.

En el aire se siente el olor de la lluvia que ha de venir cayendo como de una regadera de jardinero... El cielo tiene el jardín en la tierra.

Se hace un cuarto de giro hacia la derecha y se da una vuelta completa al cuadrilátero, formados de a dos. Me toca de compañero el mozo circunspecto.

—¿Se fijó?—me dice bajito.— Guaja... ¡Dijo Guaja! ¿Qué le parece que le digamos "don Guaja"?

—Nada.

Resuenan los pasos acompasados en el piso sonoro, de cemento. Con nosotros, parece que desfilan los postes que sostienen el corredor. Al frente, se adivinan las mesas de los comedores. Ya se oyen ruidos de cucharas, y, como un niño atento cuando oye tocar el timbre, el estómago pugna por abrir la puerta del comedor. En una esquina, en una pileta baja, la llave no cierra bien, y de la llave amarilla se alargan las goteras, persiguiéndose y prolongándose en un llanto gimoso y

reprimido. Desde el rincón opuesto, aquellas lágrimas de la llave brillan en un hilo continuado y remedan el filo de plata de un cuchillo largo. Las filas se van hundiendo en el pasillo angosto en que nos acorralamos hace un momento. Resuenan los pasos acompasados, y ese ruido, como de tropa en marcha, entristece. Hacemos nuestra entrada al aula y nos agrupamos en el espacio que queda libre a lo largo del salón, angosto y profundo, con galerías en el segundo piso y muchos ventanajes. Se nos determina el lugar en que debemos sentarnos "para siempre". Se nos dice:

—Aquí... para siempre.

El inspector estudia el plano del aula, con sus bancos.

—Para siempre, aquí... Al que cambie de lugar... ¡un domingo sin salida!

Me corresponde en las corridas de afuera, al lado derecho, de manera que tendré toda la vida sobre mí, frente a frente, la vigilancia de los señores inspectores. Hágome esta reflexión rápidamente y me consuelo:

—Mejor... así me ayudarán a portarme mejor...

Entra el hombrecito vejancón y bondadoso de rostro, y, con el largo colihue terminado en un garabato, va encendiendo las lámparas a gas. Son unas lindas lámparas forjadas en bronce. Al tirar de una cadenita dorada—como si las tocara una varillita mágica—las lámparas tienen un estremecimiento de vida, parpadean y parece que se inflaman. La cenicienta camisa del mechero se hace incandescente, y a la viva luz, se destaca en el proscenio que se levanta al final de la sala, un telón de boca todo colorado. Tiene rojas cortinas abiertas como un peinado, sostenidas por gruesos cordones de oro, con grandes nudos, y con largos flecos de oro. La concha curva su lomo forrado en tela carmesí, y en la mitad del lomo, en monograma, se hinchan tres dibujadas letras amarillas: ENP... Escuela Normal de Preceptores.

En el espacio abierto por las rojas cortinas recogidas por los cordones de oro, detona el simbolismo de algunas figuras.

Una matrona exuberante está a medio sentar en una silla curul, y tiene agobiadas las faldas por un libraco descumunal, porque aquello parece libro si se le mira de frente; pero, al mirar de soslayo, la cosa es un acordeón a medio estirar. El telón entero tiene el doble sentido de lo anamorfósico. La imponente matrona mete el dedo, con solemne dignidad, entre las fojas del libro abierto, y unos chanchitos redondos se apilan y meten la nariz entre los brazos sedeños de la dama, y hozan el libro los chanchitos, cabeceándose. ávidos,

como si lo que dijera el libro les importara gran cosa. Pero los chanchitos son, al mirarlos de lado, unos angelitos amorcillados, dispuestos a volar.

Al fondo, entre unos borrones desparramados en el cielo azulenco, en actitud de ir a excursionar al infinito, el pelo rucio arrebatado por una ventolera, los brazos desnudos, enloquecidos los ojos; las polleras bermejas flameando en los muslos marfileños; los senos suntuosos; los piecitos sin zapatos; haciendo el gesto teatral de los poetas rebeldes y dinamiteros, que al lanzar la bomba ruegan al Dios que no existe que no mate al rey; así, asimismo, una cosa parecida a mujer, levanta la diestra por sobre la ventolera de sus cabellos rucios, y en la diestra alzada, incendiando los borrones que parecen nubes, llamea un anafe grande, con libertarias llamadas de antorcha.

Abajo, en lo que imita un oscuro terrazgo, desparramados con desorden simétrico, una paleta de pintor, pinceles, una escuadra con un hoyito en el ángulo recto, un compás, un globo terráqueo, y, además, muchas espigas de trigo, verdeando, en círculo, como una corona de laurel.

La luz de las lámparas forjadas en bronce reverbera en los ventanajes, y las lámparas se proyectan al medio del patio, como agarradas a las niebla, a la altura de mi mano. De poder salir al patio, ¡tan fácilmente que me podría entibiar las manos heladas con sólo elevarlas en un gesto de oración hacia las lámparas...

Vigilante, de pie al medio del aula, el señor gordo y severo, un poco turnio; las manos cruzadas atajando los riñones, parece un Napoleón de yeso. Un Napoleón de esos con que la gente pobre echa a perder la austeridad de su miseria, al encaramar el pedazo de yeso en la mesita de centro.

Nadie hace nada en esta primera mañana normalista; pero todos estamos sentados, doloridas las asentaderas sobre la tabla inflexible del banco; todos estamos en silencio, mordidos los labios, mascando y triturando el ala de las palabras que forcejean por echarse a volar.

El señor inspector mira con el ojo normal hacia arriba, y con el ojo achulado nos abarca y nos crucifica. Disimulando, seguimos la línea del ojo normal, y vemos, arriba, afirmado en las barandillas del hueco que hace de galería del aula, a un caballero negrito desde los cabellos hasta los pantalones. Inmóvil, sin siquiera hacer un pestañeo, semeja el negro caballero un desgarrón de la noche, un desgarrón dejado por la noche al ser espantada por la luz del gas. El caballero observa con interés reconcentrado el imperio de la

disciplina estática, y no dice nada. El señor inspector recorre el aula en las puntas de los pies, y sólo se oye el ahogado quejido de las tablas lustradas. El Mono Marín, pegados los labios a las estrías de la columna que se levanta junto a su banca, en un rincón de la entrada del aula, sopla:

—“Hache...”, hache... ¡El Chuncho!

Y esa palabra extraña se va extendiendo suavemente, con el leve avanzar de una mancha:

—Hache..., hache...

Los dorsos curvados se enderezan y la vida se detiene, mientras la mancha se desliza en el silencio, sin que la oiga el silencio.

—(Hache..., hache).

Miro al cielo altísimo del aula, y arriba todo está tranquilo, y todo es azul y amarillo. Juegan una ronda unos niñitos desnudos, y un ángel muy bonito sopla en una trompeta muy larga. Arriba, de lado a lado de las barandas de la galería, se adivina otro proscenio, cerrado en este momento por una puerta plegadiza, blanca y grande como una muralla.

Rechina una banca, y es un sobresalto de terremoto el que nos agarra por la nuca. Una hecatombe no se anuncia con más ruidoso estrépito. Al ruido insólito, el hombre turno se revuelve rápidamente, escandalizado: instantáneamente, todo queda en un silencio tirante.

El aula está repleta de gente joven, de a par en cada banca. El barniz está envejecido y la cubierta tiene todos los colores. Las manchas de tinta parecen movidas por el viento, igual que las nubes. Profundas heridas en la cubierta: tatuajes, fechas, nombres, y la palabra “Recuerdo”, repetida muchas veces.

Comienza a debilitarse la luz del gas, y desde fuera pugna por entrar, empujando las ventanas, la cenicienta mirada de esta mañana de marzo.

Duelen los ojos y se siente el peso de los párpados. Las filas correctas, en correcta posición los dorsos. A veces, alguna cabeza que ha cerrado los ojos hace una caída profunda; pero, con movimiento enérgico, vuelve a tomar la posición normalista. Nadie tiene nada entre manos. De fuera llega el murmullo de conversaciones sofocadas. Es el curso superior que se queda en su sala de clases. Los caballeros que ya tienen bigote, también tienen permiso para conversar, en voz baja.

El frío se adentra por las canillas, y con movimientos miedosos procuramos envolvernos las piernas en los faldones del sobretodo. A hurtadillas, ahuecamos las manos, y, despacio, echamos el aliento que se hace rocío en las manos heladas.

El señor inspector no demuestra cansancio, ni siquiera aburrimento. Tiene la tenacidad del cazador. Husmea la caza.

Quisiera cerrar los ojos y roncar, echado en la cubierta de la banca. ¿Para qué se nos habrá arrancado de la cama? En la cama estaríamos calientes, pensando o durmiendo. ¿Qué se podrá pensar? Atisbando al señor gordo y medio turno, ensayo pensar en mi Lucía. La veo blanca y alegre—en la época de nuestra infancia—soslayando la esquina para ver las peripecias y los mariposeos de los volantines en comisión; pero el caballero gordo tal vez me ha visto sonreír mi ensueño, y, alarmado, inclina hacia mis ojos todavía cristalinos, el maleficio de su ojo turno, y me desflora el alma, y la buena visión se me va del alma. Me propongo esconderme. Entonces, para que no lo tome a mal, me reconcentro a contemplarlo: gordo, moreno, impasible, las manos cruzadas atajando los riñones, da la impresión de un monigote de yeso barnizado. Materializo la comparación lamentable en una sonrisa. El ojo oblicuo me ve, y el hombre salta un salto de gato.

—¿Se ríe de quién... , vamos a ver? ¡Levántese!

Se siente el movimiento de las cabezas que se vuelven, libres ya de la vigilancia atenta y sostenida.

Paro mi sonrisa y me pongo de pie, y aprovecho el descanso para estirar los huesos que tiritan.

—¡Cuádrese!

No se me alcanza la necesidad de tanta ceremonia, y me cuadro con movimientos lacios.

—Conteste... ¿De quién se reía? ¡Cuádrese!

—Señor...

—¡Cuádrese!

Veo que el hombre tiene coraje y que no hay remedio.

—De nadie me reía, señor...

—¿De nadie? Vamos a ver... ¡Usted se reía! ¡Cuádrese!

—No..., señor..., pensaba...

—¡¡Usted... PENSABA!!...

—Sí, señor... Estaba pensando en Napoleón...

—¡Usted pensaba en Napoleón! ¡Cuádrese! En Napoleón... ¡Pero eso es fantasear! Y la fantasía es la loca de la casa. ¿Usted no sabe que la fantasía es la loca de la casa?

—¿La loca de la casa? No, señor...

—¡Cuádrese! Pero hay una camisa de fuerza para reducir a esa loca... ¡La VOLUNTAD!

Le baila el ojo al hombre gordo. Cambia de tono, y me receta un domingo sin salida, amigablemente.

—La voluntad... ¿entiende?... ¡No olvide la lección!

Me anota en su libreta negra.

No entiendo nada.

Suena el timbre.

En orden, desenrollándose desde el fondo del aula, va saliendo la juventud normalista, cansina y triste.

III

No sabemos qué hacer en los anchos corredores. Al medio del patio, una alta acacia desnuda y morena se tapa con la niebla. Algunos nos salimos de la línea y pisamos el patio húmedo y resbaladizo. Quisiera saber qué piensa la acacia. Sin que nadie nos lo ordene, nos damos cuenta de que no está bien acarrear barro en la suela de los zapatos. Volvemos al corredor. Los grupos se estrechan, se desmadejan, en movimiento circular, reposado. Las palabras no suenan. Nos restregamos las manos un poco avispados, sin saber si se puede.

La niebla se está deshilachando en flecos finísimos de garúa. El colihue largo, terminado en garra, se mueve en el aula como sostenido en el aire por milagro, y salta de lámpara en lámpara, retorciendo el cuello a los mecheros, y el aula se apaga y es como un alto cajón que encerrara la noche entre los dos patios, este y oeste. Afuera, comienza a parpadear una claridad lechosa.

Un muchacho de curso superior, de ojos deslavados, acaso un poco verduscos, blanco el rostro, con blancura de papel de escuela, desenvuelto el gesto, imperativa la voz, pasa ante nosotros haciendo un trote de caballo de picadero, y nos anima:

—Carneros... ¡A trotar!

Quedamos indecisos, y el muchacho sostiene el trote y lo marca fuertemente en el cemento sonoro del piso.

—¡He dicho que a trotar! ¡No se enoja nadie, carneros!

Y trotamos apelonados, levantando las rodillas, empuñadas las manos, sacando pecho. Hacemos guaras de caballos nuevos. El cemento se alegra y se entibia con el pataleo, y la sonajera parece una carcajada. Los vidrios de las ventanas vibran al paso nuestro, y lo hacen con una vibración que parece una sonrisa, y todo lo macizo de la Escuela se aliviana, y todo lo alto, hasta lo más alto de la Escuela, baja hasta la exigua estatura nuestra, y lo macizo

y lo cumbroso, lo pesado y lo excelso, trota con nosotros el alegre trote de caballitos nuevos.

Aparece el señor inspector, y, aunque no dice nada, su mirar oblicuo nos relaja las piernas, y su ojo redondo, fijo, pero que de repente se revuelve en la órbita rotando vertiginosamente, nos fascina (con) la relumbrante fascinación del espejuelo. Y nos detenemos en el trote, y nos desmadejamos en trancadas largas y sin concierto... A pesar de todo, y arriesgándolo todo, nos restregamos las manos enérgicamente y exhalamos nubes, igual que locomotoras a vapor.

—¡Tengo un hambre! Me comería un pollo...

—¡Miren la novedad! ¡Pelotas!

—¡Pato! ¡Echale, diablo!... ¡Cómete un pato!

—¡Pero qué frío!

—¡Marica!

—¡Don Guaja!

—¡Hache... hache!

Marín recorre los grupos aleteando como un picafior, y nos advierte el peligro con ese susurro... hache...

Puja la mañana por clarear la opacidad que la oprime; pero es como una pena antigua la neblina, y se pega.

—Mi mamá dice que yo decía... ¡del otro plato!

—Nunca pude decir piso... no más que "pito".

Vigilando al inspector que nos vigila, nos miramos las caras, y de pasada, entre el vaho de nuestra respiración, la sonrisa lo burla tras el velo gris.

Pirinola estira el cuerpecillo y hace ademanes dramáticos.

—¡Qué sé yo! ¿Pero quién tiene frío?

Estamos tiritando.

Trágicamente junta los brazos en círculo por sobre la cabeza.

—¡Qué frío ni qué sé yo! ¡Hay que ver en el polo!

—¡Echale, diablo!

El campanilleo eléctrico nos azota las piernas, y nos lleva derechos a la formación, en cuadro.

—¡Marchen!

Marchamos. Un resorte mueve la pierna izquierda, y el pie izquierdo asoma la nariz, y la esconde, y la asoma...

—¡Iz-quier...! ¡Iz-quier!

A la cabeza ayanzan los caballeros que vimos retorcer el bigote al bajar las escaleras. Me sobresalta el recuerdo de mi castigo y me atenaza la angustia de que—de seguir así—no alcanzaré a criar bigote.

Es cierto que yo estaba pensando... El inspector tiene razón. Y yo he venido a esta Escuela tan grande que da miedo, para salir con bigote.

El ojo malo marcha a mi lado. Me mira y siento que me clava un alfiler. El ojo malo da una revuelta, y queda todo lo blanco a la vista, feamente, como el ojo de un buey asesinado... El monito de la risa me salta en el cuerpo.

Seguimos a la cola de la Escuela.

—¡Iz-quier...! ¡Iz-quier!

El largo comedor hace una cruz con la cabeza del aula. En el aire fluye un vago olor a yerba hervida. La palidez del hule blanco que cubre las mesas recuerda el mármol de los cementerios. Y los gordos y blancos jarros de porcelana humean como una cachimba.

Hay un jefe en cada mesa, y en cada jefe un bigote. A la cabecera de la mesa, el jefe simula y decora un ambiente familiar. Somos cinco a cada lado de la mesa. El muchacho desvaído que cuando habla parece huír, el de Cuatro Diablos, atropella las sillas y los callos, y se pone a mi lado.

—¡Epa..., compañero... "Puchas" que tiene buen caballo!—le gritan.

Lo atajo con un codazo en las costillas, y el muchacho se encoge de estómago y se queja vertiginosamente; pero me sonrío con una sonrisa de color verde, como si los labios fueran heridas descompuestas. Pasaré la pena de tenerlo a mi lado, con tal de que no me hable del candado de seguridad.

—Oiga, Santibáñez... ¡Pero no me hable nunca más de su candadito!

—¡Que mi candado le hace!

—¡Echale, diablo! "¿Que mi candado le hace?" ¡Ni los chinos!— Y Guajardo ríe sonoramente su romadizo.

En el extremo de la mesa, en la punta, se instala Pirinola, y apenas si es un poco más alto que la silla; pero encuentra modo de empinarse, haciendo fuerzas en el respaldo curvo y levantando los talones como distraído. Frente a él, luce la nariz de corvo del joven meticoloso que Guajardo motejara de marica. Estamos de pie, indecisos, esperando no sabemos qué; pero sí que una orden. Es desesperante: no quiere sonar la campana que ordena imperiosa y maternalmente: ¡desayunar! Y mientras la campana no suene... ¡qué vamos a hacer con el hambre? Porque sentimos netamente el trajin del hambre.

—Tengo hambre...

—¡La novedad!

Carmona está oscurecido cerca del jefe, que no lo mira. Trajina el hambre, y ya las mil bocas del olfato se han tragado el desayuno, y el hambre se nos torna saliva, y tragamos saliva. El señor inspector se pasea a lo largo del comedor, añinado el ojo, el maldito ojo encabritado. Nos envuelve una atmósfera tibia y el vaho nos enguanta las manos. El jefe nos saluda, y nos hace una inclinación de cabeza, igual y correcta, para cada fila. Movemos las cabezas de abajo arriba, y de arriba abajo, y se oye en el pecho el desenrollarse de la cuerda que nos mueve la cabeza mecánicamente. El jefe es un joven pálido y delgado, de bigote muy negro, y el jefe se alisa el bigote con aire cansado, como un poeta tísico y hambriento; y regalonea el bigote bajo la caricia oronda de los dedos juntos. Así y todo, nos sonríe con bondad, y uno se siente protegido de todo mal. Hace un gesto que nos muestra la palma de la mano y nos descubre unas manchas de tinta entre los dedos.

—Asiento...

Se ve que desea llamarnos de alguna laya, y por algunos segundos le salta la malicia en los ojos negros; y, más nítido que los ruidos del comedor, resuena el pensamiento del jefe:

—Carneros...

Pero no nos dice carneros; se domina, y dice sin esfuerzo, con voz amiga que trata de engañarse ella misma:

—Asiento, compañeros... Somos compañeros, ¿verdad...? Hay que hacer confianza... porque aquí los muros son muy gruesos. A mí me llaman Quevedo; pero si ustedes quieren me dicen Ernesto... Quizás sea mejor que me digan Ernesto... Dispongan de este jarro... Cada uno se sirve a gusto de este café...

Al tomar el jarro, posamos las manos abiertas en la panza blanca y caliente, y la epidermis agradece la tibieza blanda de la porcelana. Acariciamos el contorno del jarro con delicada y temerosa caricia, con la primera caricia que se detiene en la rodilla de la mujer amada, alargando el momento.

Santibáñez, agarrado a las melenas del tiempo, arrastrado por la ciega carrera del tiempo, coge el jarro apresuradamente y rebasa la taza, y llena el platillo, y, ávido, levanta la taza, y el café, que parece agua llovida, hace una sirte en el platillo, y salta el agua lluvia que parece café y me mancha la manga del abrigo negro.

—¡Dios lo guarde!

—¡Pelotas!

Pero Santibáñez no ve, ni oye. Así como una bestia sedienta hunde el hocico reseco en la alegría del río, así Santibáñez se zambulle en el platillo; la marraqueta patalea entre las manos avaras; pero el muchacho se bebe ahora el café de la taza y se guarda la marraqueta en el bolsillo. Hace ademán de irse. El jefe le dice:

—Puede irse.

Nos arde la cara, avergonzados de la avidez de Santibáñez, que, flacuchento y moreno, y largo de altura, sonríe la sonrisa verde de sus labios macilentos, y da un paso para irse, mientras con la cabecita perdida en lo alto hace señas rápidas, como el adiós de un pañuelo.

—¡Echale, diablo! ¡Cómete la marraqueta aquí...! Iba a decir... ¡Hay que ver lo que iba a decirte!

—Es que... que le voy a echar una cosa...

—Puede irse...

Y Santibáñez, esfumado, sale del comedor rápidamente, huyendo de sus largas zancadas que lo persiguen por todas partes.

Las tazas de barro imitan loza blanca, requebrajada, y las líneas sucias de las heridas del barro aporcelanado se entrelazan confusamente y forman un laberinto de patas de araña. Ninguna taza tiene oreja; pero se ve la señal, oscurificada, como el rastro de un dedo, en la parte donde la oreja sirvió de cerebro a la taza, ahí mismo donde la oreja de barro enclavó la soberbia de los dictadores. Un golpe de cuchillo, seco, sin vacilaciones; un glorioso golpe pristino, forjado en la infancia del Tiempo, ha descuajado la orejita de barro. Después de todo, la oreja, es decir, el cerebro de la taza, no sirve para nada. Tres rayas azules enjoyan la taza, y son como tres anillos que dan a la taza de barro la diáfana prestancia de la porcelana. Las cucharitas de plaqué tienen el mango retorcido en espiral. Parece que los normalistas, a pesar de todo, son bastante brutos. Una moldura rojiza prensa el hule amarillento. Se hace un ruido sordo, de colmena. El jarro pasa de mano en mano, y llenamos las tazas hasta el borde con aquella mixtura café que parece té, y que ni siquiera es agua limpia. El jefe nos advierte:

—¿Saben? Hay que tener cierto cuidado con este café... De primera intención es un laxante poderoso; pero, después, el normalista comprende que su deber es connaturalizarse y se connaturaliza...

Parece que esa palabra le gusta al jefe, y parece saborearla, mientras se alisa el bigote con los dedos juntos y levemente doblados.

—¡Pero este café no ha sido café nunca y qué sé yo!

—Y si no sabe nada—y Guajardo se agacha para mirar a Pirinola— ¿a qué mete la cuchara, compañero? Yo me comería un buen tazón de ulpo...

—Pero claro... — digo casi con nostalgia.

—¡Ulpo..., don Guaja!

La burla es intencionada; pero Guajardo ataja las sonrisas malignas con un sonoro sorbo de narices y réplica como echándose el poncho colorado al hombro:

—¡“Benhaiga”... el niño! ¿Y qué “se le hace”, don Marica? ¡Me gusta el ulpo! Es cuestión de ser hombrecito...

—Pero claro... este café...

—Bonito sería que todo el mundo...—alardea Pirinola—, pero se engañan, etc.... ¡Bonito sería que todo el mundo se metiera en lo que yo hablo y qué sé yo!

—Hagan el favor de servirse lo más de prisa que puedan—interviene el jefe.— Apenas si tenemos media hora disponible “para todo”... Y es bueno que adviertan que está de turno el señor Basilisco...

—Yo no me apuro... no estoy acostumbrado—dice el joven correcto, y levanta su nariz de corvo, mientras desmaiga el pan parsimoniosamente, y recoge las migas, y se sirve la mixtura a pequeñas bocaradas.

El jefe alisa con movimiento tranquilo el negro bigote, y nos envuelve a todos en una sonrisa de simpatía.

—¡Vaya! Lo decía sin intención... Si no quiere apurarse, qué le vamos a hacer... Pero es bueno que sepan que el turno del señor Basilisco es un día difícil para los desconocedores del régimen... y como ustedes no están connaturalizados con este café... ustedes comprenden...

La mañanita se asoma a las ventanas y, al frente, en el edificio de la cocina, opaco y macizo, dora débilmente los ladrillos negruscos una suave manchita de sol.

El enjambre sonoro de las palabras ronquea en el largo y angosto comedor, de amplias ventanas, como si fuera el comedor una vibrante colmena de vidrio.

—(No se sabe... ¡El bote en la barra del río! Uvas moscatel... El tren de cuatro... por un gol).

Los mozos recogen las tazas en una especie de bandeja de madera forrada en lata, y hacen un claro ruido de cucharas entrechocadas al correr hacia la cocina.

Por la puerta ancha que absorbe a los mozos ágiles, entra, con pasos medidos, un perro lanudo, gordo y cegatón.

—¡Ecónomo...! ¡Ecónomo!—alegran las voces dueñas de casa.

—¡Príncipe! ¡Príncipe!—llaman los mozos.

Pero el perro no hace caso, y toma toda la facha de un grande hombre cualquiera que salga a escena, y se pasea indiferente. Apenas si mira a lo alto y mueve el hocico como tratando de atrapar el zumbido de las moscas que son las palabras. Sin temor al castigo, frente a nosotros, entabla conversación con el señor Basilisco. Y el señor Basilisco no lo anota en su libreta negra. Al contrario: baja la mano y da golpecitos suaves en la cabeza del perro, que, acariciado por los golpecitos, alarga la nariz y cierra los ojos, mimoso, como una señorita. Pienso que me gusta el señor Basilisco y que si me ha castigado ha sido sólo por sujetarme esa loca de la casa de que él habló, y que yo no he visto nunca. Basilisco se pasea volteando el ojo, y el perrazo lanudo lo sigue, olfateándole las corvas.

—Ese perro es nuestro, es de la Escuela. Tiene muy buen carácter. De joven jugaba con nosotros y algunos normalistas le pateaban, ajenos al dolor y a la dignidad del perro. A patadas le enseñaron a robar canastos enteros de pan. Ahora, parece que el Príncipe se ha ido definitivamente con el ecónomo, y por eso los normalistas le echan en cara su transgresión, y con ese mote de Ecónomo le quieren decir tráfuga. Y vean ustedes — yo no sé por qué — pero la gente grande tiene más cordialidad que el normalista... ¡Cuando Basilisco, que nos vigila a todos, quiere tanto al Príncipe...!

Apresuradamente, se oye en el comedor un torrencioso ruido de sillas. Los muchachos salen del comedor con paso rápido. Nuestro jefe se levanta sin ruido, y, suspendiéndola delicadamente del respaldo, la empuja un poco con las rodillas, y, por fin, después de una pequeña genuflexión, coloca la silla en su lugar. Lo mismo hacemos nosotros. En ese momento el joven pulcro concluye el desayuno meticulosamente: el último sorbo va acompañado de la última miga de pan. Después de todo eso con mucho sosiego, se levanta.

Salimos del comedor prendidos por un malestar que nos hace apretar los labios y nos desconcierta el paso. Ahora, nuestro compañero tan acaballado se desnuda febrilmente y tira por todos los rincones el brillante ropaje de composición... De ninguna manera es un mero laxante el tal café.

—¡Ay... uuuu... ay!

Hacemos un apagado y largo silbo repetido en uu...

y, como los chiquillos a quienes les pegan porque se mean los cuadros, comenzamos a bailar saltitos, mientras mordemos el silbo y soplamos largamente... uuuu... uuuuu...

Y por ahí, en nuestro patio, cabeceando el aire, nos estamos haciendo un revuelo angustiado, hasta que se nos indica el camino... uuuu...

Corremos al otro patio; pero nuestra carrera es apenas como un trote; mejor dicho, no tanto como un trote... Nuestra carrera es una dolorosa combinación de trancadas y detenciones.... un par de trancadas y una parada brusca... una pequeña flexión de piernas; y las manos hundidas en el estómago... uuu... uuuuu... Un par de trancadas, y una parada... uuuu... uuuuu... uuuu...

En las salas de clases, apoyados en las puertas, se ríen los muchachos antiguos, satisfechos de su inmunización, mientras nosotros damos el lamentable espectáculo de nuestros saltos apresurados y detenidos violentamente... uuuu... uuuu...

Amarillea el sol desteñidamente por entre los vidrios y los lava con el agua tibia de su luz de otoño.

Atraviesa el patio una barba dorada de chivato rucio, y pegado a la barba, alumbrado por unos ojos celestes purísimos, a la siga de un cigarro puro macizo (la cabeza del cigarro toda nevada), camina un terno claro, y dentro de la primavera del terno, un patojo y anciano profesor alemán que nos reparte blandas sonrisas de abuelo.

—Tío Vicar, buenos días, tío Vicar...

Lo rodean cariñosamente los muchachos mayores; pero el sabio alemán (no se comprende que no sea sabio) se conduele de nuestras tribulaciones, y nos dice:

—Allá... allá...

Entramos a la letrina y eso está repleto. Hacemos revuelos angustiadados. La humareda de los cigarrillos echa raíces en las cabelleras, y en la tenue atmósfera gris parecemos espectros; pero estornudamos. El humo nos pone las manos abiertas sobre los gestos dolorosos, y sólo deja entrever lo grotesco. A tentones, recorremos el resbaladizo salón de fumar, y aspiramos desesperadamente, irremediablemente, hasta lo más profundo, el olor gelatinoso de la mierda fresca.

—Ayayay... uuuuu...

—Los carneros, hombre... los carneros, primero los carneros.

A pesar del lugar, acaso por la angustia del momento, aquella frase de piedad hace el milagro de hacernos sentir florecer en nosotros—por la primera vez—la pequeña flor de es-

pino de la solidaridad humana. Y una visión de hermanitas de hospital, que, afirmadas en el Dios que tienen para defenderse, no se escandalizan de la carroña, surge en el pensamiento y se desdibuja en el humo.

En los naufragios, se grita:

—¡Primero las mujeres! (es decir: mi mujer).

En la letrina de esta enorme fábrica de hacer maestros de escuela, se grita:

—¡Primero los carneros!... (es decir: mi hermano).

Evacuamos, pues, estimulados por la voluntad fraterna de hacer lugar al compañero; y el compañero, desabrochadas las ropas, espera impaciente y dando saltitos, agarrado a los latones verdes y orinados que separan un hoyo de otro. A un extremo, un depósito deja caer chorros intermitentes, y corre el agua a lo largo de la canaleja, y salpica a través de los hoyos, y los muchachos que ocupan los hoyos afirman las manos en las rodillas, hunden la cabeza quejándose, y levantan el trasero, y el chorro pasa salpicando.

Bajo el alto corredor que da a la letrina, a través de los vidrios disfrazados con una máscara de alambre a modo de careta de esgrimista, se ven las llamaradas rojizas del incendio que ha dejado el verano en las hojas retostadas del largo parrón, que vendimiaron los pájaros.

Guajardo, aferrado a la plancha de latón verde orinienta, marca un trote rápido, y hace sonajeras por la nariz mientras cuele el aire por entre los dientes apretados. El jovencito circunspecto está pegado al hoyo de madera, y se muerde los labios, y se soba el estómago dolorosamente.

—Apúrate... Mariquita... ayayay... échale, diablo...

—Ay... don Guaja... ¡Tengo unos dolores!

Empujan a Guajardo hacia un lugar que ha quedado libre, y aquel recinto humeante a todo, es estremecido y flameado por un largo y agradecido suspirar aliviado de don Guaja. Ahora Guajardo es soberano del mundo y burla al doloroso.

—¡Hay que ver "que es dejao pa too"!

—¡Ayayay... don Guaja! Yo no tomo más café...

Las conversaciones un poco asfixiadas se enhebran y desenhebran como el hilo en la aguja ciega de una viejita empeñosa. Hay quienes emperifollan el lenguaje y hablan con empaque.

—Hombre... la apófisis...

—¡Qué disparate...! ¡Apodioxis... hombre! El rechazo de un absurdo...

—¡Quién habla de literatura!

—Trigo regular... Filatélicos...

—¡Qué esperanza... Intimidación delgados!

—¡La lesera... No hay como el Joutard corriente!

—Un papel de cielo con violetas blancas.

—¡Y qué sé yo!

Pirinola se empina entre los grupos, y se ha conseguido un cigarro. Fuma como los murciélagos; pero se las da de hombre.

Repiquetea el timbre.

—Al segundo toque hay que estar formados, carneros...

Un joven normalista apaga cuidadosamente la colilla del trigo regular, y con la delicadeza de quien deposita una flor, deja la colilla en el rincón que hace el guardapolvo. Le da una última mirada, como diciendo "hasta luego", y el joven se aleja, y la colilla se queda dormitando un abandono de siglos, como si las telarañas de los siglos le vinieran a cubrir.

Salimos presurosos, y el humo nos persigue y forma un nimbo en la puerta.

—Ayayay... no tomo más café...

Abandonamos al compañero. Llegamos a tiempo a nuestro patio y ya nos está esperando el ojo maligno. Nos pasa lista, nos divide en dos cursos, y nos queda mirando, y el ojo turno escruta los horizontes, inquieto, encabritado por la sospecha de alguna picardía. El lápiz que tiene en la mano, cabalgando el lápiz en la libreta fatídica, se me antoja un instrumento de cirugía que nos va a diseccionar el alma. De pronto, se pinta el escándalo y el asombro en el rostro gordo y moreno, y deja de bailar el ojo turno. La corbata de seda negra listada de rojo también asombra su charrería, y se mueve en el cuello de un lado para el otro, martirizada por la mano nerviosa.

—¡Pero si falta uno!

Claro que falta uno; pero no es para tanto. Presentimos caer el edificio entero sobre la vida de nuestro pobre compañero atacado de pujos. Toda la armazón de esta fábrica normalista caerá sobre los pujos. Nos quedamos helados.

—¡Pero si falta uno!

(...¡Enorme! — pienso).

—Está ocupado, señor... El amigo está enfermo, señor inspector.

—¿El amigo? ¿Es posible hablar así? ¿Y quién le pregunta nada, precisamente a usted, señor! ¡Otra vez usted!

Enristra el lápiz, enarbolea la libreta; pero reflexiona y me perdona la vida. Otra vez yo, desgraciadamente... Pero debe sufrir este pobre caballero. Su rostro gordo se pone amarillo, y después verde, y después escarlata. El ojito oblicuo parece clavado en la cuenca con un alfiler, y se ha quedado mirando a través de los muros, suspenso, prendido acaso de alguna lejana visión de hogar. ¿Quién puede saber si este terrible caballero ha sido niño alguna vez? ¿Habrá derramado la papa? Lo veo dando pasitos por los corredores de una casona. Lo veo gordito como un animalito, como un lindo, y delicado, y gracioso cerdo mamón. Lo veo afirmado a las murallas de la casona, los cuadros manchados con el barro que él mismo remojó con el propio pichí y que él mismo amasó con el propio potito. Igual que todos los niños, gritando: ¡mamá!

Me dan unas grandes ganas de reírme, y de jugar con la criatura, haciéndola saltar en mis brazos. Miro a mis compañeros, y todos tienen el rostro idiotizado; todos están muy formales, y muy envejecidos. Como me da tanta pena, me río alegremente. Y, entonces, el hechizo se arrincona espantado, y el angelito de los cuadros manchados de barro se agiganta, y aparece este horrible señor inspector, con su libreta, con su lápiz, con su ojo.

Cuando el hombre va a clavar el lápiz en la libreta, después de haberme traspasado con la puñalada de su ojo malo, asoma el perrazo gordo, valido ahora de la gente grande, y le hago señas golpeándome levemente el pantalón. El perro se viene a mi lado, levanta sus manos, y me da la mano, y nos presentamos, y nos decimos nuestro nombres, sin que nos importe para nada el señor inspector:

—Príncipe—se presenta el perro.

—Juan de Dios—se presenta el normalista.

El señor inspector comienza a tallar una sonrisa cuando asoma, de trote, perdida la modalidad de su compostura, el jovencito pulcro. Llégase tímido, con los labios entreabiertos y el cuerpo un poco ladeado, como haciendo quites a los golpes de la mala suerte. Y los golpes de la mala suerte se adivinan y fluyen de todas partes: de los barrotes de las rejas, de los postes cilíndricos de los corredores, de la llave del agua que no deja de llorar su gotera, de las ramas secas de la acacia que se estira desesperada para asomar la boca a los techos y respirar, y entibiarse las manos arrugadas, surcadas de heridas. Callosas, endurecidas en esta lucha cruenta de

pelear el sol, desde pequeña, a la soberbia majestad del edificio que nació tan grande. La pobre acacia que peleó el sol desde la infancia, y el edificio tan grande, y tan severo, y tan peinados sus cachirulos de zinc... todo es propicio a la mala suerte en esta fábrica. Y los palos de la mala suerte han de venir galopando de todos los horizontes para pegarnos en la cabeza: quizás si lleguen a macerarnos el corazón... y quizás si sea mejor así, y no pensar, y no sentir. Bonito sería que, cada uno por su cuenta, nos pusiéramos todos a pensar, pienso...

Ladeado el cuerpo, haciendo quites a la mala suerte, llega a la fila el pobre compañero; pero el señor inspector brama bramidos de toro, bramidos auténticos, ensayados por música:

—¡Ah...! ¡Ah! ¡Y es usted el señor Quinteros! ¡Qué vergüenza! ¡Su hermano fué un alumno excelente! ¡Ah...! ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Un domingo sin salida!

Los cursos superiores han entrado a sus clases. Pasan algunos señores profesores reposados. Las patillas rucias del profesor alemán persiguen el cigarro puro, y el sabio patojo lleva entre las manos rosadas un frasco de cristal, y dentro del frasco, enroscada en espirales de tirabuzón, una culebra en escabeche.

—Señor... estoy tan enfermo... ¡Pujos terribles!

—¡Grosero! ¡Quince días sin salida!

Nos amedrenta el hombre; pero tengo unas ganas locas de echarme a reír. El jovencito Quinteros, azul en su palidez dolorosa, da un paso, dos pasos, y extiende las manos limosneras.

—Pero, señor... ayayay... señor...

—¡A la fila!

—Pero señor Basilisco... ¡Si ya no puedo más!

Y sin esperar el permiso correspondiente e indispensable, el pobre Quinteros atraviesa el patio a la carrera, las manos crispadas en el estómago, huyendo del mundo, husmeando. Es una carcajada unánime la que revienta.

—¡Señor Basilisco!

El demonio da tres volteretas en el infierno del ojo turno, y el ojo se queda blanco, con blancura empañada de ojo muerto.

—¡Señor Basilisco!

El hombre se afirma en el poste inmediato, y vacila como un tronco herido. La libreta abre las alas como un pájaro sin vida. Y gozamos el regocijo cruel de los gusanillos.

Triste y egregio placer el de los gusanos que devoran los huesos del rey...

—¡Basilisco... señor Basilisco!

Pero restalla un grito:

—¡Silencio!

Y los gusanillos, instantáneamente, se recogen, y se esconden en la hojita frágil que los cobija en el mundo, y la Hipocresía, con su brocha gorda, blanquea los rostros, ahora inocentes.

—¡Silencio!

Nada más que un grito. Nada más que una orden. Nada más que un latigazo. El rey ocupa su trono.

—¡Silencio!

Y el silencio cruza las manos y se pone de rodillas en el patio.

Miro de reajo a mis compañeros. En todos ellos. en su porte, en su hundimiento total de rebaño rebelde y vencido; amordazada la grito; esposado el gesto; en la nariz, en los ojos, en todo, asoma el normalista... el hombre de pro.

Resuena ahora una voz reposada, segura, magnánima en la torpe justicia hecha por parejo:

—Castigo general... ¡Un domingo sin salida!

IV

Pegados a los bancos duros, las manos cruzadas, escuchamos embelesados el suave discurso del señor profesor de Agricultura.

En el banco, formamos una yunta con don Guaja. Estamos en la fila lateral, al lado de una amplia ventana. En días de sol—acaso sale alguna vez el sol en este encierro—han de hilarse los rayitos del sol por la ventana, y me veré al trasluz los huesos de la mano, a ver si de los huesos no me brotan cadenas. Al otro lado de la ventana se ve la amistad acogedora del patio chico, junto al gimnasio. El gimnasio está defendido por un alto recorte de madera, todo blanco, alindado a lo largo de la parte de arriba por unos claros guardabrisas. De un salto se puede salvar la valla que opone la ventana, y el patio es una tentación... Correr y gritar.

Pero el señor profesor de Agricultura nos habla con tan linda voz, y es tan simpático. Hace un momento, se detuvo en la puerta un caballero muy señor, de facciones alargadas. Entra sin ruido. Instintivamente nos cuadramos al lado del banco, expectantes. Se desliza el caballero en la sala, sin ruido. Sube a la tarima. (Sobre la tarima, un pupitre serio; sobre el pupitre, un libro enorme, serio, en espera de las anotaciones serias). Nos contempla aquel señor con cierto dejo de simpatía, un poco ausente, y, acaso, un poco triste, pero no se transparenta; correcto, igual que un gran señor que sabe que lo es y que no tiene para qué gritarlo.

—Tengan la bondad de tomar asiento...

Inmediatamente tenemos la bondad de tomar asiento, y lo hacemos con ruido poco urbano, sin saber aún evitar el tableteo de los asientos de las bancas, levantados en aquel trance a fin de hacer fácil el cuadrarse a tiempo, y el sentarse a la orden.

El silencio se hace sombra en la mañana que juega a las escondidas con el sol. Un nublado ha vendado los ojos del sol, y juega el sol a la gallinita ciega, y, como los niños cuando se

“pican”, a duras penas consigue el sol sacar una puntita de lengua irisada.

Unos golpes suaves en los vidrios pavonados de la puerta, y la voz pastosa del señor Profesor de Agricultura:

—Adelante...

Entra Rojitas, el hombre reloj de la Escuela. Delante de Rojitas entra su sonrisa de hombre bueno. Viene cargado de cuadernos. Quisiera ayudarle pero no me atrevo. Adosados a la pared están los estantes. Rojitas deja los cuadernos—unos lindos cuadernos de tapas de hule graneado—y sale sonriendo bondadosamente. (Si no tocara la campana a cada rato, sería un hombre muy de querer; si se quedara dormido Rojitas, y el toque de diana se quedara dormido, sería de adorar a Rojitas).

El señor profesor escribe unas líneas en el libro serio. Después, saca una libreta y un cortaplumas. Mientras pasa lista calmosamente, mueve la hoja del cortaplumas en acción tranquila de limpiarse las uñas, que, cuidadas y muy limpias, ennoblecen más aún la mano prócer.

—Andrade, don Jenaro...

—¡Presente!

Pirinola dice la palabra presente con el mismo tono que se gastan los que dicen discursos, al decir: ¡Señores..., señores! (Es decir: ¡mírenme y admírense!).

Efectivamente, el profesor parece admirado, y lo mira atentamente, como si le extrañara tamaño portento.

Pirinola se empuja todo lo que puede y dice orgulloso:

—Yo soy Jenaro Andrade, señor... Etc....

—¿Etcétera? Ya lo veo...

—¡Y qué sé yo!

—¡Vaya! Ya lo veo... Asiento... Bustos, don José...

—Presente, señor.

—Ya lo veo... Asiento... Carmona, don Braulio...

Sin mover la esfera de su cara impassible, el cara de viejo contesta la palabra obligada. Sigue la lista.

—Marín, don Juan...

—¡Presente!

—Vaya, señor Marín... Ya lo veo... Lamento que repita curso, señor Marín... ¿En qué ramo fracasó, señor Marín?

—En conducta, señor Echeverría... Gracias, señor.

—¡Vaya... vaya! ¿En conducta? Lo lamento... Procure entrar en camino, señor Marín...

—¡Entrar en camino... señor Echeverría! ¡Ya está todo el curso castigado, señor Echeverría! A primera hora...

—¡Vaya... vaya! Entrar en camino, amigos... Eso es todo.

En seguida, con voz amable, siempre haciendo que se limpia la nobleza de las uñas, nos dicta una delicada clase de Agricultura. El caballero habla con reposo, y nosotros escuchamos con verdadero gusto.

—La naturaleza fecunda es la fuente de todo bien... Vaya... Hay que comprenderlo y sentirlo... Eso es todo. La tierra, madre nuestra, blando seno amantísimo en la vida, piadosísima almohada en la muerte, es también, y mucho, hembra que se entrega toda entera al hombre que sabe amarla y fecundarla... Vaya... Sí, fecundarla con la gloriosa lealtad del trabajo de todos los días.

—De sol a sol — murmura Guajardo.

—¿Alguien decía...?

El silencio sujeta el aliento y el ánimo va achatándose y sintiendo gravitar el edificio.

—Parecíame haber oído... La agricultura es un nobilísimo trabajo. Poetas de todos los tiempos han exaltado — si es posible exaltar la excelitud — esta delicadeza suprema de cultivar una flor para obtener un fruto... (Se da una pasada de cortaplumas en las uñas). Vaya... así es... Desgraciadamente, hay quienes creen que el trabajo de la tierra es un duro menester propio de la gente inculta, digamos de baja condición. Sin embargo... vaya... El contacto directo con la naturaleza inspiró en todo lugar y en todo tiempo... vaya... épicos hechos y altos pensamientos... (El cortaplumas sigue acariciando calmosamente las uñas egregias). Antiguamente, emperadores hubo que arañaban la tierra, y generales heroicos que entretenían el ocio de su espada rasguñando con el azadón... ciertamente... vaya... rasguñando la tierra con el azadón. Y también delicados y geniales poetas ritmaron su vida interior azuzando bueyes...

—Echale, diablo...—sopla Guajardo.

—¿Alguien decía? Vaya... Todo lo que necesitamos lo extraemos de la tierra... pero nos corresponde hablar de Agricultura, y la Agricultura no es propiamente una industria extractiva. ¿Ustedes me entienden...? Ya lo veo... vaya... Señor Andrade... ¿haría usted el favor de sentarse bien? ...Sigamos. El porvenir de Chile puede estar en la Agricultura intensiva. Hay discrepancias al respecto. Porque se dice que Chile no es un país de porvenir agrícola. Se habla de su geología, de su topografía, y hasta de su hidrografía desfavorables. En fin, ustedes me entienden... Estas características estarían indicando que el porvenir de Chile pudiera

estar asegurado en las industrias, en las usinas... Ya no se puede hablar únicamente del salitre... ustedes lo saben... Dicen que los Andes son una cordillera de metal, metales que arden en la noche. En cada chileno hay un poeta de las minas... sólo que el pueblo forja cuentos de hadas, y cree en fabulosos entierros... Vaya... Pero nos corresponde hablar de Agricultura, y debemos afirmar el concepto, ya que de afirmar conceptos se trata: "El porvenir de Chile radica en la Agricultura". Y este concepto fundamental hay que completarlo así, para que se entienda bien: "de la Agricultura intensiva".

El cielo parece que se acerca a las ventanas con ganas de oír el suave discurso; pero el cielo achatado viene con la cara sin lavar, chorreando pintura gris y negro de hollín. La aflicción del cielo nos oprime el pecho, y no quisiera que el cielo se pusiera a llorar. Correctamente sentados, en tres filas, nos amodorra el susurro de la fábrica en marcha, y escuchamos.

—Ustedes lo saben... En Chile tenemos tantas hectáreas aptas para la Agricultura... digamos para sembrar trigo... Una cosecha de panes... (El noble rostro alargado nos mira atentamente, y parece un poco triste; el cortaplumas acaricia lentamente las uñas, y la voz, algo trémula, concluye la frase suavemente) "para todos"... Hay que decirlo... vaya... Tenemos tres cuartas partes de tierras ociosas... tierra que está clamando por ser poseída... Pero se dice que la Agricultura está poco amparada, poco protegida, es la palabra... El Estado hace lo que puede, y reparte algunos millones de pesos entre los agricultores, y también cierra las aduanas, según los casos... La civilización ha inventado una guerra a muerte entre país y país: la guerra aduanera... vaya... ustedes lo saben...

—¡Echale, diablo...!

—¿Alguien decía? Otros creen que la solución del problema... pero, en fin... bueno... Habría que admitir — y eso no nos corresponde — que la propiedad en general, y la propiedad de la tierra en particular, en su origen, arraiga en un robo... Un robo perpetrado con engaño a veces, con violencia siempre, premeditado y alevoso. Miradas así las cosas, y desde ese punto de vista, la solución del problema estaría en que fueran muchos los dueños de las tierras; pero, para llegar a eso... vaya... habría que echar mano del mismo violento procedimiento antiguo, es decir, una regresión a la barbarie... ustedes comprenden... ¿verdad...? Pero nada de esto tiene que ver con la Agricultura en sí... Es el tra-

bajo de la tierra el que nos interesa en estas conversaciones... (El profesor se levanta, baja la tarima, y se pasea. Habla sin dejar de mover el cortapiumas entre las uñas...) Para que el trabajo sea fructífero, hay que... sin despreciar el empirismo... que, naturalmente, tiene firmes basamentos en la experiencia... hay que atenerse a normas científicas, y estas normas científicas se afirman en la experiencia controlada, en la estadística. La estadística ha pasado de ser una ciencia...

La imaginación brinca por los campos ubérrimos, por los verdes maizales y por las sementeras. Los inquilinos arrean la yunta. Y en los maizales y en las sementeras, los inquilinos siembran el sudor, y también siembran vidas de inquilinos. Y arrean la yunta.

Bajo las alamedas, en el recodo que hace el camino, a la orilla del canal alegre, junto a la pirca de los corrales, los huasos endomingados remolinan los ponchos, encabritan los pingos, y se olvidan de Dios a la salida de misa.

Y a la luz del alba, cuando las mujeres ordeñan las vacas mugientes, quién pudiera jugar con los carneros bajo las estrellas...

El campo, el ancho campo...

Los álamos que saludan profundamente el paso del viento, y que, con la canción esperanzada de sus hojas verdes, desean buen viaje al viento.

El muchacho que se equilibra en la rastra y que se pelea con los bueyes sin sexo, anonadados por la falta de sexo, y los bueyes fatales que muelen los terrones con los pesuños cansados...

El campo: beber el agua, de bruces en la acequia corriente, hundiendo la boca en el agua que nos cosquillea la nariz, como si la boca fuera el lindo hocico, y nosotros el lindo ternero. El campo: ir al monte y cortar espíños nuevos y mellar el hacha en los troncos; y abrir por la mitad, de un tajo, la sandía, y comer a puñados la pulpa, y raspar la cáscara, y hacer de la cáscara una fuente, y en la fuente preparar la ensalada de cebolla amortiguada a golpes de puño dentro de la lona harinera; y el ají verde que cruje en los dientes, y el ají maduro y rojo como una herida en carne sana. El campo: el señor cura que dice la misión y descubre los robos; y hace sermones... que no se debe fumar en los trabajos, porque los brazos que fuman roban al patrón. El campo: el amor a llamaradas, bajo los sauces, sobre los surcos; amor sin complicaciones que se olvida después de la temporada, al pie del confesonario... Y llega el invierno y se

pone a llorar de frío y de viejo. El campo: la agricultura, y la hidráulica, y nuestro señor profesor de Agricultura, tan fino, tan caballero, limpiándose las uñas tan honradas... Y el invierno en el campo... cuando no se tiene pan...

El profesor parte un cuesco de durazno y nos enseña, recorriendo los bancos, la almendra abierta... Nosotros tenemos que ver en la almendra partida la figura en miniatura de un durazno... Y no me cuesta nada ver una arboleda toda emperejilada con la seda de la flor del durazno; y también abejas en las colmenas, y gallinas en los gallineros; y también el verde helecho de las esparragueras... porque hay que aprovechar el terreno, intensivamente, todo medido, todo controlado, todo bajo el ojo sabio de la estadística.

El día, a medida que los minutos escuchan el suave discurso del señor profesor de Agricultura, se ha ido achicando, y las nubes parecen enredarse en los árboles que levantan sus copos al fondo, en el extremo del patio chico, abierto al otro lado de los vidrios de nuestras ventanas. Parece que está lloviendo arriba y que el agua se agarra penosamente de las nubes, temerosa de romperse el alma en la tierra dura y negra.

Y el profesor, amable, a veces un poco ausente, y también un poco triste, hila mansamente su clase hasta el momento mismo de sonar el timbre. Entonces, su noble rostro alargado se anima levemente, casi imperceptiblemente, y nos regala una sonrisa descansada. Redondea una frase, toma el sombrero, compone con movimientos elegantes la raya del pantalón, un precioso pantalón de fantasía, y nos desea:

—¡Vaya... vaya! Que lo pasen bien...

Nos cuadramos a la salida del profesor. Estiramos los miembros agarrotados, y bostezamos largamente, encogiéndolos brazos y retorciendo el cuerpo.

Salimos a los corredores. Frente a la puerta de nuestra sala de clases, un pasillo obscuro se hunde profundamente en el edificio, y es como si fuera una bóveda de seguridad que resguardara los tesoros administrativos, desde los castigos archivados en la inspección, hasta los castigos archivados en la Dirección. Los vidrios de las puertas de las oficinas, y los grandes vidrios de la mampara que limita el "hall", blanquean la pavonadura esmerilada, y en las sombras—lechosa la opacidad de las pavonaduras—brilla débilmente el recuerdo de los grandes focos apagados en las plazas públicas, al amanecer.

A la derecha de nuestra puerta, los vidrios claros de una ancha mampara dejan ver parte del jardín. Y el jardín me atrae, y las alas de mi anhelo se quebrantan en los vidrios, y

soy todo entero como una mariposa negra alada con las alas de la fatalidad.

La reja de hierro terminada en lanzas, y la puerta de hierro, vigilan con el arma al brazo, y el enorme edificio prisionero envejece al fondo del jardín; y desde ahí estira los brazos fornidos que ansían escapar hacia la calle, retorcer el cuello a las rejas, saltar los bancos de cemento de la Avenida Latorre, y jugar a la pelota con el quiosco de enfrente.

Acerco la nariz a los vidrios y me pongo a mirar largamente con la mirada mía, que no ve nada mío; estoy pegado a mi vida y no puedo olvidar mi vida: mi barrio, mi perro, mi madre, mi Lucy.

Llueve una lluvia fina el cielo entristecido; llueve la lluvia que moja a los perros y jabona las calles... Ahora resbalan los mendigos.

No me gusta la vida de encierro. Recojo mi pensamiento y la mirada se viene de la mano con el pensamiento. El jardín es bonito; pero sólo tiene flores, y estas flores no cantan armonías de pájaros.

He de conseguir amar esta tristeza, estas murallas. Cuenta los ladrillos del muro. En el número trece hay un musguito. ¿Cómo se llamará este pasto? En el número treinta, los ladrillos embadurnados de gris, están resquebrajados en la punta, y forman como un hocico sin dientes. Esta escuela tan grande sería mejor que fuera un buque. El Director sería el capitán. Habría que proteger sus canas con un gorra azul. Y Basilisco sería el contramaestre. Tirar al agua a Basilisco y gritar: ¡Hombre al agua! Y nosotros cantaríamos las canciones de todos los climas. Cuando el mar está de buenas...

—¡Al patio! Un domingo...

El mundo entero se mete en mi cabeza a bailar una zarabanda afiebrada. La libreta abierta, el lápiz incansable, el ojo turno estoqueándome... ¡no hay nada que hacer!

—Señor...

—¡Nada! ¡Al patio!

(¿Qué diablos he de ir a hacer al patio?)

—Quisiera estar solo...

—¡Al patio!

Me espanta con las manos como si yo fuera una gallina. Si le pegara una bofetada... pero he venido a que me manufacturen, y el Destino...

Me retiro en silencio de la mampara clara que deja divisar el mundo.



Llego a la fila desganado, gibada la espalda, el abrigo echado atrás, las manos en los bolsillos del pantalón. Toda la Escuela está de parada para entrar a la segunda hora de clases.

Cae la lluvia con insistencia regular, invariable y mecánica. Parece que en la Escuela han tocado a llover, y que por eso llueve.

El señor Director, majestuoso y noble, inmóvil la cabeza maciza y nívea como una nevera de volcán — como una nevera sobre el corazón ardido—, contempla las filas; y las canas y la corbata blanca del señor Director, hacen clarear el día; pero se va el Director y todo queda obscuro.

Estoy absolutamente solo entre tanto bulto negro. Para disimular mi desamparo, para no ver los bultos negros, para hundirme en lo más lejano de mi soledad, bajo los ojos y me miro los zapatos lustrados, y siento que de los ojos se me cae la pena largamente.

Silenciosos, hacemos el giro, a la derecha. Al entrar al pasillo en que está nuestra sala, vemos el gimnasio abierto y divisamos los aparatos. Y mi pena se abre como una flor de alegría. Me gustaría saltar los caballetes en este mismo momento... y me gustaría colgarme de las argollas, y darme impulso con los brazos tensos, darme impulso y recogerme anudándome, y alcanzar el techo, y salir por el techo, y no volver...

En la sala, Marín me palmorea fuerte las espaldas, y lo hace con la rudeza propia de los hombres demasiado brutos, o demasiado hermanos.

—¡Hay que aguantar, carnerito...! ¡Hay que aguantar!

—Bah... ¡Para las ganas que tengo de salir a la calle! Se embroma conmigo el tal Basilisco... No tengo nada que hacer en la calle.

En la puerta se detiene un tongo medio amarillento, encaramado en una cabeza de pájaro. Relumbra un gran aullido que se llega hasta la altura del tongo, y el tongo va cayendo

suavemente como en un vuelo planeado. La cabeza de pajarito nos sonríe y saluda para todos lados, mientras el cuerpo flaco parece doblado en dos. A cada movimiento, el hombre derecho sale de punta, como si aquel señor intentara nadar en el aire. Sonríe la cabeza de pajarito, y exhibe los dientes grandes, y en mitad de la boca colorea un diente jefe, de oro. Ese diente ha sido puesto ahí porque sí, para que sirva de jefe, y de lujo; adrede. Se endereza el profesor, y es alto y delgado, y en la cara larga y morena, bajo la cabellera undívaga y ennochecida, se insinúan honestamente unas chuletas tizadas a navaja, y las chuletas dan al hombre un lejano aire de héroe, o de torero. Pasa al pupitre y se sienta. Mientras anota la clase en el libro, se pasa la mano con el anillo relumbroso por la cabeza de pájaro. Sin consultar libreta alguna, llama:

—Señor Santibáñez... sírvase pasar adelante... Ruego a usted regalarnos con alguna de las poesías de su... repertorio, digamos.

El muchacho de Cuatro Diablos, el atarantado, ahora todo turulato frente a nosotros, abre y cierra la boca a modo de los peces; pero no le sale...

—Tatará... tatará... tataratá...

—¡Tatará!—dice por lo bajo mi compañero.—¡Tatará!

El señor profesor hace esfuerzos por fabricar un gesto de asombro absolutamente asombroso; pero tampoco le sale, y más nos reímos de la pantomima del profesor que de los tropezones de Tatará. El profesor cierra los ojos y pega moquetes al aire, como para librarse de una pesadilla, y nos reímos alegremente, y es la primera risa que no nos cuesta el consabido domingo sin salida.

—Señor Santibáñez... tenga la bondad... ¿De dónde es usted?

—De... de Meli... pilla..., señor.

—Señor Santibáñez... ¡Haberse quedado a sembrar papas!

¿Qué diría nuestro culto profesor de Agricultura si oyera tamaña herejía? La Agricultura, ¿no es, pues, un nobilísimo trabajo de emperadores y de altos poetas?

—A sentarse, señor Santibáñez... Lo siento... un cero por ahora... (Luce una agenda muy mona, y anota.) Señor Guajardo... adelante... "Regalenós" con una poesía de su repertorio... digamos.

Guajardo avanza con los brazos despegados del cuerpo, tiesos, como tranco balanceado; se pone delante, entre el pizarrón y el pupitre; sorbe fuerte, y deja correr una sonrisa

por su rostro simple, y parece decirnos: ¡Van a ver!, y sonríe al profesor anchamente, como diciéndole: ¡Amigazo!

—Sé hartas poesías... para que vea, señor...

—Lo que guste, joven... regalenós...

Guajardo hace una reverencia, se sube los pantalones con un movimiento de péndulo, sorbe, y anuncia:

Los tres soldados

—Eso es—dice el profesor...—Un tema verdaderamente auspicioso... Tenga la bondad... tiene la palabra...

—Los tres soldados...—repite Guajardo.

Estos fueron tres soldados,
hijos de una sola madre...
y fué en tiempos de la guerra
con esos cholos cobardes...

—Eso de cobardes, no está bien... pero siga.

—Si quiere, señor... digo otra... (Sorbe y sonríe.) Sé hartas poesías... ¿Digo "La Espada"...?

—No, señor Guajardo... Prosiga, joven...

Guajardo repite la estrofa, y sigue:

Se escondieron en los montes
como los gatos salvajes...

—Eso de esconderse no está bien..., pero siga; después de todo... muy natural... espíritu de conservación... Prosiga.

Guajardo vuelve a repetir, y continúa campanudamente, y se lleva las manos a los ojos, como quien levanta un bulto...

¡Cómo rezaba la pobre
para que no los pillaran!

—¡Noble madre! Prosiga...

Tres mandas hizo la vieja,
tres velas puso en altares...
Se derritieron las velas...
¡Llora que llora la madre!

—¡Alma del pueblo!

—Si quiere digo otra, señor.

—No, no..., está muy bien... Adelante.

Pero llegaron noticias...
que aquellos cholos cobardes...

—¡Otra vez! Siga...

Guiados por Santa Rosa...
mataron a Arturo Prates...

—Licencia poética... bastante torpe... Prosiga...

Estamos como en una fiesta. Eso de "Prates" nos vuelve locos. Guajardo cierra los ojos y parece un ciego, canturreando versos de ciego.

Sigue la lluvia cayendo sin ruido en los patios. Ha empañado los vidrios de nuestra sala, y corre el agua, haciendo hilos anudados en gotas, sobre el vidrio... Guajardo asegura la pretina del pantalón, sorbe, y recita:

Los tres tomaron fusiles...
y a los tres dijeron...: ¡Marchen!
Y atravesaron desiertos...
y atravesaron los mares...

Y dicen que en Miraflores
a los tres perdió la madre...
y la vieja dijo...: ¡Vivaa!
¡Ganó la Virgen del Carmen!

Y después de Guajardo siguen otros. La cuerda guerrera hace de las suyas. Y el Tiempo se detiene en la sala, en la lluvia, en la calle y en toda la patria chilena. Los muchachos, entusiasmados ya, hacen vibrar la sala, y las versas heroicas agarran la cabecita de pájaro del señor prófesor y la mueven plácidamente, y el diente de oro es como una flor de oro, presta a ser galardón, y de las versas épicas chorrea la sangre, retumba la artillería, relampaguean las espadas, pifan los caballos; y todo es humo de pólvora y de gloria: redobles, banderas, medallas; Odio, y Patria, y Dios... El buen Dios omnipotente que mueve la brizna y agita los mares, jugando a la guerra con los gusanillos.. igual que los gusanillos ..

¡Hosanna a los paladines! Las niñas más puras, desde los balcones de los palacios... (nunca desde el arroyo), las niñas de los palacios agitan la seda de sus vestidos, y el sol besuquea los senos de seda, y se deshojan los ramos de besos, y los paladines hediondos a sangre...

—Señor...

—¿Qué desea? No he preguntado...

Pero Quinteros (se ve que se arruga dentro de su irreprochable terno negro) hace unas señas alocadas y sale de trote... El diente de oro sonríe comprensivo.

Y siguen los versetes bélicos con una trifulca endemoniada de aucas, godos, padres de la Patria, tauros y mandobles... ¡Salve... Salve! Y, a esta misma hora, en toda la tierra ha de pasar lo mismo... La pobre tierra—la madre generosa—con estos hijos malos que la patean tanto, y tanto la agobian... tan poca tierra y tantos héroes... En todos los idiomas del mundo en este momento, y en todos los momentos, todos los muchachos y las niñas, todos los jóvenes y las novias, todos los hombres y todas las madres, están vociferando vocablos de gloria y de sangre, de patria y de Dios... y, en la tierra llagada, hay mil diatribas para cada espíritu, mil cerrojos para cada espíritu, mil cañones para cada espíritu... Y este profesor tan satisfecho... tanto castellano que sabe, y esas patillas tan bien tizadas, y ese diente que relumbra tanto... A cada golpe de tambor de los versetes, el profesor empala el espinazo, y, tieso, parece un héroe al revés.

—Señor Andrade... regalenós...

Y como Andrade es Pirinola, y como Pirinola es tan chico, la eminente cima del profesor parece no alcanzar a divisarlo. Y el profesor hace como que se levanta de la silla, y mira ostensiblemente hacia abajo; pero Pirinola, ofendido, se empuja airoso, con ganas de gritar cosas, y levanta la exigüidad de su cuerpo con la recia energía de su voz:

Allá en el claro... cerca del monte...
bajo una higuera... como un dosel...

Parece que galopa, a saltos, y dramatiza con exageración elocuente aquello de la choza cubierta por la higuera. Bajo el rancho, el hombre y la mujer, naturalmente, y, naturalmente, los chiquillos. En el campo salvaje, arrastran la vida en el bohío, y lo hacen en santa paz, hasta el momento mismo en que ruge el hambre, y, entonces, naturalmente, la cosa no es para la risa; pero, después de todo, tampoco es para cruzarse de brazos, o para permanecer honrados. Sin embargo, en la poesía, dicho todo en versos sonoros, la gente se muere unánimemente de hambre, bajo el cielo, sobre el campo incomensurable, a la orilla del río, ahí mismo donde los peces se pelean los rayitos de sol. Aquella gente se muere de hambre, sencillamente, absolutamente, honradamente. Pienso que yo no se

ría, capaz de morirme de hambre a la orilla de un río, y menos en un campo inmenso, y menos en la ciudad, frente a una vitrina con fiambres dorados. Pero esta gente de la poesía se muere de hambre con toda franqueza. Y Pirinola grita el drama con toda su alma:

El padre... muerto... la madre... muerta...
los cuatro niños... ¡muertos también!

(Se oyen pitazos en el gimnasio, y hasta nuestro recogimiento llega la buena alegría de las carreras: quién pudiera saltar y olvidarse de todas estas cosas tan serias y tan sin asunto, como la patria y lo demás.)

En la sala, las paredes pintadas al temple amarillean débilmente. El pizarrón destaca su negra lisura sostenido en las muletas de sus patas gruesas. Y la T invertida que hacen los cañutos del gas; y los estantes, y el alto pupitre tras el cual preside el profesor con su cabeza de pájaro; y las duras bancas nuestras; y el palito de tiza recostado como un gato de juguete en la almohadilla gordiflona; y yo, y todos... todas las cosas humildes y buenas, no dicen nada... no les importa nada la poesía. Se alarga infinitamente el fastidio y se enrosca, y va formando anillos, y envolviendo a la tierra. Y Pirinola, con gestos tribunicios que le quedan demasiado grandes, sigue dramatizando ferozmente. Porque aquella gente heroica que se murió de hambre, no cerró la boca para morir, no se mordió los labios, ni apretó los puños. Extendió las manos y abrió la boca. La carne hambrienta, y, seguramente, infamada por los piojos, en el trance de morir de hambre, intenta agarrarse de la Divina Misericordia (como si la Divina Misericordia no tuviera otra cosa que hacer), y la carne hambrienta, sin lavarse la cara seguramente, tiene la audacia de interrogar, en vano por suerte, al viejo Dios. Desde el fondo del bohío, extendidas las manos, escondidos por la higuera, de hinojos, claman, y Pirinola clama con ellos:

Y en vano alzando... los turbios ojos...
te preguntaban... ¡Señor! ¿Por qué?

Y el viejo Dios se queda callado en la altara, igual, aquí abajo, que las paredes pintadas al temple; igual que la lisura negra del pizarrón; igual que los cañutos en T del gas; igual que la fina lluvia indiferente que se pasea por los vidrios. Y parece que todo esto saca de quicio a nuestro pequeñísimo compañero, porque increpa al señor Dios—mano a mano—y

le echa en cara que el fervoroso ruego haya resultado perfectamente inútil, y, además, mortal...

Mas... como el ruego resulta inútil...
pienso que un día... ¡pronto tal vez!

Y el muchacho se detiene para hacer más patente el pecado mortal de la blasfemia, y amenaza:

¡No habrá miseria que se arrodille!
¡No habrá dolores que tengan fe!

¿Qué más querría el señor Dios sino que lo dejaran tranquilo? Buena sonajera de campanas tiene que atender, como si fuera el buen Dios el telefonista colocado por el hombre en las estrellas.

Enardecido Pirinola, sin ver los gestos un poco estupefactos del señor profesor, que ya no muestra su diente, sin darse cuenta de que la lluvia viene cayendo desde los pies de Dios, arremete ahora contra los pobres hombres que todo lo poseen, ¡miseras riquezas del hombre!, arremete contra los "próceres", y les vaticina exterminio y mina, y, con vigor insospechado en cuerpo tan enclenque, enarbola los harapos y los piojos de todos los desposeídos del mundo, y los revuelve, y los amasa en un solo harapo, y en un solo piojo, y el símbolo marcha triunfante, llevando la Venganza en la mano—amamantando con leche de sangre a la Venganza—y el símbolo recorre la tierra... (Pirinola lo anuncia a gritos, con los brazos abiertos ante el mundo, que se ha quedado parado a escucharle). La Venganza incendia, fusila, viola, encadena a Dios y hace de Dios un monito de cuerda, y la Venganza le da cuerda a Dios y Dios dice que bueno, y el Símbolo, el Harapo y el Piojo, pisan fuerte, tan fuerte... (Pirinola da una formidable patada en las tablas), tan fuerte que:

... ¡La tierra... tiembla... bajo... sus pies!

El señor profesor no halla qué decir, y, después de un silencio que deja oír el tenue aliento de la lluvia, concede:

—Magníficamente recitado... magníficamente... pero no lo tome tan a lo serio, señor Andrade...

Se levanta de su asiento el señor profesor, y baja del trono, y se pasea pensativo ante nosotros, y sus pensamientos deben ser tan largos como su cuerpo, y tan brillantes como su diente. Habla monologando:

—Jóvenes... la poesía... no hay como la poesía, jóvenes... ¿Verdad que no hay como la poesía, señor Marín?

—Sí, señor...

(Desde el gimnasio llegan enérgicas voces de mando, y canta el alegre tableteo de la marcha).

—Pero la poesía... entendámonos... Y no se crea que sólo los versos son poesía... La prosa también... ¿No es verdad, señor Marín?

—Así es, señor... pero la poesía en prosa me cuesta aprenderla...

—Discutiremos ese punto a su debido tiempo... He querido examinarles el repertorio, digamos... jóvenes. En general, no está mal, jóvenes. Pero nada de payas, ¿no? Estoy un poco ronco... Ayer asistí a un aperitivo. Estábamos el señor Intendente, el señor Alcalde, el señor tal, el señor cual, y yo. Pero me salgo del tema. Sigamos con la poesía...

—Cuéntenos, señor—ruega Marín.

Sonríe el diente de oro.

—Pues, bueno... La cordialidad del ambiente avivó el ingenio... Pero es el caso que uno de los presentes, persona cultísima, ha sentado plaza, por desgracia suya, de salado improvisador de rimas... Aconteció que se le pilló de sorpresa (las improvisaciones de esta calaña se hacen el día anterior), de manera que el poeta debió ir rimando trabajosamente, y dijo:

Bueno... está... el aperitivo...
pero... aunque... parezca... alarde.
digo yo... que por lo tarde...
más... parece bajativo...

—¡Echale, diablo!

—Pues, no es para reírse una cosa tan triste, jóvenes... Hay que considerar que quien lo dijo es una persona culta... y entre gente culta... El epigrama es distinto, ved:

El señor don Juan de Robles,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital...
y también hizo los pobres...

¿Os dais cuenta? Pero volvamos a nuestro tema. La poesía, aunque este no es el motivo supremo del arte, debe ser ejemplo de enseñanza, dentro del buen decir, de lo cas-

tizo; y si la poesía logra avivar el fuego de este amor innato al hombre por todo lo que es suyo, digamos por la patria, tanto más poesía es... ¿No es verdad, señor Marín?

—Verdad, señor...

—Un ejemplo: "En nuestra hermosa patria no hay esclavos". He aquí lo que podría llamar un verso perfecto. Un endecasílabo con todas sus sílabas, sencillo, nítido, y, sobre todo, conforme a la realidad pasada, presente y futura: es decir, eterno. ¿Es hermosa nuestra patria? Sí, y muy hermosa; pero en el verso no tenía cabida el adverbio... y la adjetivación es precisa y clara. ¿Hay esclavos en nuestra patria? No... He aquí la primera poesía que aprenderemos ¿Les gusta?

Nos queda examinando con el diente de oro, y decimos:

—Nos gusta.

El Tiempo está detenido, y no hay manera de echarlo a correr... Si se pudiera echar a correr el Tiempo sobre las esferas con un motor de diez mil caballos... Pero Rojitas se apiada de nosotros, y ha movido, a palos con su largo colihue, las negras piernas del Tiempo que se quedó dormido escuchando los versos de guerra. Cuando canta la alegría del timbre, el profesor está recitando:

Una legión titánica de bravos
rompió del servilismo las cadenas...

Y los versos quedan colgando y retorciéndose en el aire, bruñidos aún, con reflejos de espadas, asfixiándose como los peces...

VI

esbozo estalio

Tenemos un largo (paso de estudios, de quince minutos. ¿Qué vamos a inventar para pasar quince minutos fuera de la sala? El pasillo que está frente a nuestra puerta y que es un profundo túnel, está ahora abrigándose con una felpuda capa negra, impenetrable. Apenas si amarillean débilmente, como una lejana lucecita de vela, los vidrios pavonados de la mampara del vestíbulo.

Y el día está—para nosotros—iniciándose así, lenta, penosamente. Y son tantos, tantos años... Y el Tiempo está tan enfermo de reumatismo, tan amarrado a su silla de ruedas, y tan quejumbroso, que dan ganas de que se muera luego...

En el patio nuestro, desde el cielo triste, cae el agua alegremente, con alegría de joven enfiestado.

Los bultos negros se encaminan al patio, hacia el fumadero. Nadie puede quedar en las salas. Sólo los del curso superior, los del V año, están autorizados para echarse en las bancas de su sala de clases. Nosotros no tenemos nada que hacer en la pieza grande que se nos ha prestado para que nos aprisione en las horas de clase. No podemos hacer de ella nuestra casita. Se nos prohíbe encariñarnos con sus muros, y sus rincones, y sus ventanas. A mí me gustaría estar detrás del pizarrón escribiendo una cosa que no sé. O bien, poder echarme de bruces en mi banco, y pensar en todo y en nada. En un rinconcito de la cubierta del banco, entre los tatuajes hechos a cortapluma, he escrito con letra chiquita el nombre que me acompaña y que me sonríe. Y yo ansío en estos momentos estar de bruces en el banco, y, repasando el nombre que me acompaña, ensoñar un poco, y olvidarme de mí, y no sentirme.

Pirinola está conversando con un alumno de curso superior, y Pirinola alza las manos y acciona dramáticamente, y habla a gritos, con la misma confianza que si estuviera en su

casa. Carmona exhibe su cara de viejo, y parece que todo lo examina y que en todo anda buscando algo que le sirva.

¿Por qué no me dejarán estar en mi sala? Porque yo, para sostenerme, para darme valor a mí mismo, necesito tener algo mío en esta Escuela tan grande, alguna pequeña cosa mía, de mi gusto, algún rincón cualquiera que me eche de menos. En la sala, en la tabla del piso donde pongo el pie, ahí mismo donde pongo el pie, falta el corazón de la tabla, y sólo queda el desgarrón de la cicatriz, una herida quemada, los nervios quemados, quemados los nervios del corazón nudoso y fuerte del árbol, nudoso y tierno corazón que puso el alma de la vida en el arrullo que musitó a los pájaros, cuando cada hoja, y cuando cada pluma era un poema... y yo, en la sala, pongo el pie encima del corazón quemado de la tabla, y siento palpitante el corazón del árbol en mi corazón.

Desde el cielo triste cae alegremente el agua, y baila el agua en el salón filarmónico que se ha formado en el patio.

Afirmados en los muros, calentando el frío de los muros con sus espaldas fraternas, igual que hombres que ya perdieron la juventud de la borrachera, los normalistas alargan los ojos cansinos hacia la fiesta gloriosa del agua.

Alrededor, los corredores negrean de normalistas, y los corredores son como hilos telefónicos en el mundo yermo, y nosotros sobre el hilo...

Se abre la puerta del comedor de los profesores, y salen tres profesores fumando, ciegos de humo.

Detrás, parado en la puerta, se queda un saco blanco: el mozo. Furtivamente, avanza hacia el mozo un normalista muy crecido, muy gordo y rosado, con la cara igual a la de esas guaguas de clisé de los concursos, y, con esa misma cara de higiene y de inocencia, ve cómo el mozo levanta el mandil blanco; con esa misma cara de salud y de higiene, ve cómo el mozo se levanta la pretina por el lado derecho del mandil, y ve cómo mete la mano en las verijas, y ve cómo de las verijas saca dos marraquetas... y el normalista, con esa misma cara de clisé premiado, recibe los panes, y se aleja, disimulado, masticando receloso, como si él mismo se robara a sí mismo las mascadas que se come.

Y, ahora, de repente, la lluvia se hace gruesa y hostil, y la lluvia huasquea frenética, y la alegría del agua que—igual que en las fiestas del género humano—se transforma en pelea y atropello: por el tubo de latón abrazado a un poste de esquina, estrepitosamente, estremeciendo el tubo, como si fuera el mismo tubo de latón el que saltara, salta el

chorro macizo, perseguido por otro y otro, y se agarran, y se revuelcan, y tragan barro, y borbollan, y, borbollantes, se escupen terribles insultos en su lengua aprendida en el cielo. La pobre acacia desnuda que ha trabajado una vida entera para poder asomar la nariz por sobre los techos, y respirar, y poder almacenar luz de sol, inclina abatida el espinazo y manotean los brazos morenos, y la pobre acacia desnuda da la sensación de querer taparse la cabeza.

Afirmado en el poste, tacto la pintura verde que se granula en mis dedos, y escucho a través del hierro el tormentoso ruido (como cuando uno pone el oído en los postes telefónicos), el ronco resollar del tubo que se ahoga hasta atorarse.

En días de lluvia... así pudiera suceder hoy... pienso... mi buena madre—la pobre vieja—nunca deja de hacer sopaipillas, que parecen medallones de oro.

Tengo una pena revuelta. Tengo una pena revuelta con frío, con hambre, con siglos y siglos de abandono. Es como si yo pudiera decir que me tengo pena. Y para quitarme la pena, ahora que llueve con tanta furia, si no fuera por estos zapatos lustrados, yo me pondría a jugar con el agua... y le quitaría el enojo al agua, y el agua fresca me lavaría la tristeza.

Amansaría el agua con unos lindos buquecitos de papel de todos los colores. No costaría nada florecer este patio lleno de agua enojada y sucia, con buquecitos de papel de todos los colores, sin banderas. (Pienso afirmado en el poste, oyendo el ronco resollar del agua, y veo el patio florecido). Y entonces se haría bueno el ojo malo del señor Basilisco, pienso... Me ha castigado porque él es turno...

Cada buquecito de papel sería como una risa, y el agua tendría que reírse. Los papelitos de colores serían, navegando, graciosos como patitos nuevos. Lindos buquecitos sin banderas, sin cañones.

Los cañones son feos y sordos. Las banderas no me gustan. Es decir, no me gustan cuando se torea con ellas. Pero son lindas cuando están libres y no se tienen rabia. Todas las banderas son como los niños: juegan alegremente entrelazadas, ricas y pobres; pero (los papás tienen la culpa), a veces, las banderas se sacan los ojos por un juguete. Todas las banderas flamean como volantines. Me gustaría jugar con ellas, con todas; jugar al volantín con ellas, un día de mucho viento, de viento parejo, que durara un año, que durara más; y dar hilo durante un año, durante más; dar tanto hilo que las banderas de todos los colores, inofensivas

y alegres como alegres volantines de seda, pudieran flamear libremente, y jugar una ronda en el cielo, y, rondando, perderse de vista... y cortar el hilo... y que Dios posara su mirada en las banderas, y que la mirada de Dios las hiciera buenas para siempre. Y que la mirada de Dios bordara sobre el mundo una bandera blanca...

(—No puede ser—musita la voz de los siglos.)

Y, sin embargo..., pudiera ser un día cualquiera..., hoy o mañana... con sólo que Dios quisiera desclavarse de la Cruz... Pero Dios tiene miedo de caerse.

Rabia el agua peleándose en el patio... Afirmado el hombro en el poste, abrazando el poste con mis brazos caídos, pienso en el campo verde vivo que fué la bandera que vi cuando niño... (Los normalistas están inmóviles, arrugados e inmóviles junto a los muros). Era una bandera verde como un manojo de pasto... Mi buena madre... (entonces no estaría tan vieja la pobre vieja; o estaría igual... no sé), mi buena madre me llevó a ver la llegada de unos soldados a caballo que se habían venido por la mar. Y los soldados venían montados en unos caballos grandes que parecían de fierro. Y los soldados también parecían de fierro. Tres caballos de fierro y tres soldados de fierro venían adelante, y, en medio de los tres, alta, en un palo rojo, avanzaba la linda bandera verde, y se extendía, y se hacía pliegues, y acariciaba los ojos con la seda de su musgo recién nacido... En el medio, escondiéndose al flamear de la bandera, una yema de huevo como un sol, y, rodeando el sol, una guarda azul con estrellitas... La gente formaba unos montones oscuros muy altos, y los montones gritaban muy fuerte... En ese entonces, a pesar de todo, naturalmente, yo tenía manos de niño y agarraba todo sin pedir permiso. Sostenido por los brazos recios y sarmientos de mi buena madre, manoteaba yo de lo lindo por encima de las cabezas. Bajo los árboles de la Alameda, por el centro del paseo, en escuadras formidables, avanzaban los caballos de fierro, y, arriba, en la punta, alumbraba y se reflejaba en las hojas sombrías de los árboles, el destello de las lanzas bruñidas. Y, a los lados del paseo, jabonando los ladrillos alineados de filo, cabeza con cabeza, hervía espumosa el agua de las acequias correntosas, y quería detenerse a ver el desfile de los soldados de fierro, y no podía, y se atropellaba en su carrera a lo largo del paseo, y de las acequias saltaba espuma. Lejos, quizás si a una cuadra de lejos, veían mis ojos, casi a la altura de los árboles, cómo se nos venía encima un caballo volador sin nada de alas, como si hubiere pegado un salto desde muy lejos para alcanzar a estos otros caballos

de fierro, que, sin apuro, caminaban tranco a tranco... y sobre el caballo volador, un soldado muy engallado, con la espada lista en el aire para dar un machetazo..., pero los otros caballos pasaban arañando la tierra, tranco a tranco, y el percherón encabritado en el aire, ahí se quedaba dando manotadas al aire, y el soldado engallado, ahí se quedaba con el machete en alto...

Se acercaba la bandera linda, y mi madre forcejeaba para levantarme más, y, levantándome, se le descomponía el genio, y a unos viejos muy tiesos que estaban en fila con todo el sencillo de plata prendido en el pecho, mi buena madre, mientras mis manos mañosas ansiaban atrapar la bandera, les gritaba con voz de reto: "¡Descomedidos!" Y pasó la bandera y se me quedó en los ojos, y agarré unas hojas de los árboles; pero las hojas eran ásperas, y eran mucho menos verdes, y mucho menos tiernas, y no daban ganas de comerlas...

El agua sigue cayendo y peleándose bravamente en la laguna que se ha formado en el patio. Me alejo del poste y me llevo las mangas salpicadas, y las gotitas de agua parecen cansadas y las dejo tranquilas.

Al pasar al otro patio, siento vibrar una lluvia distinta, lejana, como las lluvias que nos amodorrán el sueño. El patio está desierto. Los normalistas refugian la libertad en la letrina. Hasta la letrina no llega la diligencia del señor Basilisco. Sólo ha quedado un normalista en la sala del III. Y es él—inconsciente de su falta, temerario ante el peligro inminente—el que hace llover esta lluvia lejana... Me detengo en la puerta, y me adueño de toda la sala. Está solo. Criminalmente solo. Es un muchacho de suelta melena negra, lisa, que le tapa a medias las orejas. Agachado, recostada la cabeza en el violín, meciéndose suavemente junto con el violín, se ve que el muchacho es alto y moreno, y simpático; pero tiene muchas espinillas. Y el murmullo de lluvia lejana vuela desde el violín. No me ve el muchacho. No quiere verme. Entro. Hago un poco de ruido para que me eche; pero el muchacho de las espinillas está sordo también. Toca unas ráfagas de violín, y picotea rápidamente unas notas negras que suben y bajan por las escaleras del papel; que bajan y suben, quebrándose, contorsionándose, amarradas entre sí por hilos negros que forman un rosario de pequeños anzuelos.

Las ventanas, frente a los ojos del violinista, dan a una sombra de huerto, y están abiertas. La lluvia desatada afuera, echa una mirada hacia dentro, y moja y lustra el antepecho de madera. En el pizarrón, se destaca un título con letras muy perfiladas en las vueltas y muy gordas en los pa-

lotes, y el título dice: "Ecuaciones Recíprocas". Y se ven unas x y unas z , muy orondas, con un número en el ojal.

El joven parece afiebrado y ensancha las narices, y huele el olor eléctrico de la lluvia, flúido sutil de todas las fuerzas naturales que le ha tomado entero, y le tiene ahí febril y gozoso, fuera de la realidad prevista, maniatado a la realidad de su momento. Y al embrujo del violín, no se siente el agua que nos salpica el rostro, no se oye la lluvia que mariposea a cabezadas en los vidrios; y los muros de la Escuela se transparentan, y la nítida visión del mundo nos maravilla los ojos bajo el cielo gris... y somos libres en el mundo libre... Y desde la cajita bruja del violín emergen las nubes, y se entretajan, y se deslizan, y suben, y galopan en el viento... Y las nubes apoyan sus alas unas en otras, y van contentas... y se oye un vuelo de pájaros que huyen, y entrecortado, saltando entre las cuerdas atropelladas ahora por una nube negra, se oye gritar el grito asustado de un zorzal... y llueve desde las cuerdas, llueve con murmullo de lluvia lejana... Todo es suave y transparente, y el mundo no tiene murellas... y el mismo cuerpo de uno es leve, como si los huesos y la carne se hubieren hecho pensamiento...

—¡¡¡TO... CAN... DO...!!!

Un animal cavernario es el que grita, y el mundo se estremece, y la carne pavorida se esconde y se aprieta a los huesos, y los huesos se affigen y se achican... Los muros de la Escuela se dejan caer desde las nubes, se estrechan, se cuadrán, y quedan inmóviles, pintados al temple, serios, como si no hubieran hecho nada. La lluvia de veras...

—¡¡¡TO... CAN... DO...!!!

La lluvia de verdad, como si no hubiere hecho nada, se cierra sobre nosotros, y se da de bofetadas en los vidrios.

El cielo gris...

—¡¡¡TO... CAN... DO...!!!

Como si no hubiera hecho nada el cielo gris, ahí está, caído sobre los árboles, con el vientre roto por las ramas de los árboles que lo perforan. El viento...

—¡¡¡TOCANDO!!!

El viento... ¡Tampoco ha hecho nada el viento! Embiste el viento, enojado, y vuela los papeles de los bancos, y quiere arrancar la melena del pobre muchacho del violín, y remece las ventanas abiertas, y quiebra los vidrios estrepitosamente...

—¡LOS VIDRIOS!

Mientras los normalistas desinfectan las letrinas con el humo de sus cigarros, mientras en el otro patio negrean los

normalistas en los corredores, como si los corredores fueran hilos telefónicos, y estuvieran los pajarracos negros apabullados sobre los hilos, nosotros, sí, *nosotros*, él y yo (lo siento con manso y amado dolor), estamos formando un solo Yo (un yo pequeñito y desgarrado, inerme ante el poderío del señor Basilisco).

Y el pobre muchacho atónito, tan artista, tan lleno de espinillas; caída la barba; lacia la melena sobre el rostro; vencidos los brazos, no siente que el violín se le aferra desesperadamente a los dedos sin ánimo, y que las clavijas no quieren irse, y buscan sostén, y resbalan con luto de muerte en la mano abierta a la fatalidad. Olvido al señor Basilisco, olvido al artista, y me olvido de mí mismo, es decir, de la Fábrica, es decir, de la Escuela Normal de Preceptores de Santiago, y “peloteo” el violín en el último momento, lo salvo, y recojo el arco, y corto tres o cuatro crines sueltas, y me embarrilo un dedo con las crines, y pongo a dormir el violín en su caja de forro rojo, y el violín se queda dormido...

El señor Basilisco me reprende con vehemencia de padre mal educado, y hace visajes lamentables con su ojo bilioso; pero ya no me asusta, ni me fastidia, y lo considero lejano, absolutamente ausente. Abrazo al muchacho derrotado.

—Deja no más—le digo.

Y me voy sin mirar a Basilisco.

—¡Insolente!—vocifera el inspector.

Me vuelvo desde la puerta. Hace cabriolas en mis labios una cuadrinada de las que yo me sé; pero me da lástima malgastar mi noble flor de plebe, y me sonrío, sonrío al compañero que, por la fuerza de las cosas condicionales y codificadas fuera de nosotros, he de abandonar entre las manos profanas del inspector. Sonrío y repito al compañero:

—¡Deja no más!

¿Qué fraterno estímulo intento depositar en el alma atribulada de aquel muchacho con tales palabras... “deja no más”?

Sólo sé que mis ojos penetran el mundo de una manera nueva y poderosa, audaz y recogida. No me importa nada, nada: eso es. Que siga lloviendo, que las nubes levanten una cenicienta carpa de circo por sobre los tejados, todo eso “no tiene nada de particular”, todo eso es así, porque no puede ser de otra manera.

Que llueva. No me importa nada. Si me hace falta el sol, yo lo veo, por lejos, por escondido que esté, y, por lejos y por escondido que esté, yo, si es que quiero, entibio mis penas en la caricia del sol que, ahora, porque el cielo está en-

canecido y llora como un niño, no quiere ser mío. Y si quiero me río del sol ahora mismo; y lo veo con su cabellera gringa toda ensortijada. El caballero Sol, ataviado a lo don Juan, sobre la espuma del inmenso lecho de nubes, arrodillado al pie del lecho, mientras la dama, la señora Luna, dice que no... Y la dama llora despacito, y el caballero Sol, arrodillado, acariciando levemente los cendales del vestido... Pero la casta doncella de todos los siglos sufre el consabido ataque de nervios, y llora como si todo fuera cierto de verdad... y entonces, llueve. Y después de la fiesta, el señor Sol, ufano, abanicará la cola de pavo real, nos contará su gozo y nos alumbrará con petulancia... Así son las cosas, y nada en el mundo es más tonto que el llanto. La mala suerte es una suerte que se encariña con uno, eso es todo. Y esta Escuela Normal es alegre: tiene tantos vidrios, tantas escaleras, tantas luces que se encienden con un palo; tantos profesores que fuman y pasan envueltos en humo; y tantos y tan buenos muchachos que andan tristes y reverenciosos de puro diablos que son.

En esta Escuela que parece cárcel, y que es tan alegre, tengo que afirmarme en mí de una manera amigable; tendré que andar conmigo por todos los rincones, y buscarme un rincón, y soportarme. La verdad es que esta casa me queda grande y que, así y todo, ando a tropezones con ella... a cada paso que doy, por corto que sea el paso que dé, tropiezo con el Reglamento.

Llego a mi patio rumiando estas cosas. Saltaré los obstáculos y aprenderé a caer en flexión de piernas, para no romperme los huesos. Basilisco es un pobre diablo. Quizás sería bueno decirle las cosas de otra laya... ¿Qué mal le hacía ese pobre muchacho grande, con su melena, y sus espinillas, y su rabel tan inteligente?

Salta el agua a los corredores, y en el cemento se forman figuras de animales alados, y se diseñan los mapas de continentes estrafalarios.

Llego a mi patio rumiando mis buenos propósitos; pero todo el mundo está correctamente formado... Me enrabio y me reprocho... he tropezado nuevamente.

—Venga a formar...

La orden me encabrita.

—No quiero...

Y me voy solo a mi sala, con mis piernas...

VII

Aún nos embuten otras dos sabias lecciones en aquella primera mañana inolvidable.

Estoy absolutamente contento de la conquista de mi libertad. Los muchachos me miran un poco asustados; pero yo no les hago caso.

He llegado solo a la sala y no ha sucedido absolutamente nada extraordinario. Acaso, a lo sumo, un domingo, o diez domingos sin salida, anotado todo a mi cuenta corriente; pero la vida tiene muchos domingos...

Estamos cuadrados al lado de los bancos, y don Guaja me da la mano cuando el señor profesor nos hace señas, indicándonos que podemos proceder a sentarnos. Guajardo me apretuja la mano, y me dice por lo bajo:

—¡Echale, diablo!

El profesor de Instrucción Cívica es alto y delgado; y tiene una carita de manzana rosada, y da la sensación de ser un niño regalón y de buenas costumbres.

Habla con voz desganada, por cumplir el duro deber de hablar. Y nos habla nada menos que de los Poderes Públicos; pero, como es abogado, habla de lo que sabe, y nosotros entendemos inmediatamente que sabe lo que dice. El botoncito de rosa, porque es manzana y rosa la carita del profesor, abre la boca cordialmente y uno lo sigue con gusto. Al iniciar cada período, tiene cierto cuidado en precisar:

—Actualmente... Hoy por hoy...

Ni bueno ni malo el hecho actual, ni excelsa ni censurable la realidad del momento. A lo sumo, hace una breve historia de su evolución; pero se detiene exactamente en el instante en que la clase es dictada. Ni más acá ni más allá: medio a medio del minuto que suena en el chaleco de la Historia, mientras el Tiempo entorna los ojos y el minuto de la historia le florece como una fresca flor de nieve en la punta de la barba.

Parece no cuidar de lo que pasó ayer, y no parece ardidado ni cuitado por lo que pasará mañana. La carita de rosa no denuncia inquietud alguna. El gesto es tranquilo, y apenas si hace un movimiento de manos para subrayar:

—Actualmente... Hoy por hoy...

Se ve que los hechos son los hechos. Lo de ayer, pasó, y lo que pasó nunca más será. Los hombres estamos agrupados, "hoy por hoy", bajo las normas actuales. Esa es la cosa. Y si mañana (no lo dice en su discurso el señor profesor; pero no hay cuidado alguno de que el profesor se vaya a oponer), y si mañana acontece "algo", el acontecimiento será lo actual. Y los grandes tratadistas y comentadores de los derechos del hombre, se quedarán tan ayunos de ciencia, tan fuera de la Ley, que habrá absoluta necesidad de sentarlos en bancos normalistas y contarles la novedad: "Hoy por hoy, señores jurisperitos..."

El hecho que acontezca, no será ni bueno ni malo; será el hecho que habrá que actualizar desde la cátedra, nada más.

Se va sin bulla y nos deja pensando. Y es la Vida misma, una lamentable visión de la vida encadenada y violada, la que me dice con voz esclava que no me meta a defenderla, que "aceptar" es el único camino ancho en el mundo. De todas maneras, este profesor nos ha dejado pensando, y dan ganas de decir: "gracias..." Pero tengo tentaciones de gritar que no acepto nada.

Aparece Basilisco y da orden de salir. Viene a vigilar la salida de clases, a ver cómo pisamos el umbral, pienso con rabia. Quizás ha estado escuchando a través de la puerta, y viene a cosechar el fruto de la siembra del profesor de Instrucción Cívica... pero se llevará chasco. El ojo turno está blanco. Da—de poderme dar—lástima ese ojo de pescado. El hombre tiene ladeada la cabeza en actitud de cabrón que amenaza embestir a los niños. Guajardo me da a entender, por los precipitados ruidos que hace con la nariz, que yo también debo salir. Pero yo no quiero "aceptar". Ese es el hecho. Me quedo sentado en mi banca, con el codo derecho afirmado en la rodilla, la cabeza apoyada en la mano, mirando hondamente el corazón requemado de la tabla que piso. No quiero salir a los patios. Quiero estar solo. Ese es el hecho. Y si me obligan, bueno: apareceré como un bellaco. Los compañeros arrastran el bulto negro de sus cuerpos, y salen lentamente, dejando el oído atrás. Queda Basilisco parado en la puerta. Pone la cabeza terciada, y ordena con voz corta y gruesa, como una puñada:

—¡Salga!

Resuena la voz de Basilisco y golpea en los vidrios como buscando salida; pero la lluvia amenaza afuera, y la voz de Basilisco se queda guapeando adentro, y se repite en todos los rincones, rebotando:

—¡Salga!

Sin moverme, con voz sin apuros, contesto:

—No tengo ganas...

—¿Cree usted que está en su casa?

—No... señor... ni en la suya.

—¿De dónde es usted?

Lo miro sin altanería, con toda la dignidad de mi provincia. Me levanto despaciosamente y sosegado, y digo con respeto a lo mío, a todo lo que es mío, sin que yo sepa qué:

—Del Matadero..., señor...

Entonces, la torpeza de Basilisco lo hace lanzar su puya, y el inspector que aspira a la omnipotencia se rebaja hasta mí: me mira—lo mejor que puede—de frente, y me escupe:

—¡Por eso!

El insulto es un escupitajo. Me hierven los huesos. Me acerco elástico, en la punta de los pies, tal que el hombre débil armado del cuchillo y que se acerca con paso ágil y duro corazón a matar un toro, y anonado a Basilisco con el único orgullo que tengo, con mi prosapia altísima de decir las cosas de frente:

—¡¡¡POR ESOO!!!

El hombre no dice nada y se va. Ya solo, en la sala, se adentra en mí una extraña cobardía... y me doy a repasar las palabras del profesor... "Actualmente..." "Hoy por hoy..."

Pero reacciono, y nuevamente tengo la sensación de ser libre. Y puedo mirar a donde quiera, y, efectivamente, miro hacia el patio chico. Si quisiera podría saltar por la ventana; pero no quiero; no quiero porque soy libre, y sé claramente que podría estropear alguna cosa, rayar la muralla, y eso no está bien, no estará nunca bien.

Ahora tengo ganas de ir a reunirme con mis compañeros, y puedo hacerlo, a pesar de no haber salido en el piño; puedo hacerlo porque tengo ganas de estar con mis compañeros, y soy libre de ir...

Salgo al corredor y me junto a los grupos, y formamos uno solo, moviéndonos desordenadamente: enganchados de los brazos, hacemos una cadena bajo el corredor, al lado de la lluvia, que sigue entusiasmada. Algunos caminan hacia atrás para poder conversar todos de frente.

—¿Qué te dijo?

—¿Qué me iba a decir? Somos amigos... Dijo que nos

quería mucho; pero que el reglamento lo obliga... ¿Comprenden? "Hoy por hoy" no puede proceder de otra laya...

—Tengo hambre...—se queja Quinteros.

—Pero claro... con lo que te ha pasado.

Carmona parece que nos examina y no dice nada: su cara de viejo se hace impenetrable; pero se ve que el hombre se tiene en estima. Alguien quiere contar su vida, y otros le siguen. En todo se pone mucho de mentira y de calúmnia para la inocencia propia. Los mocosos se engallan y pujan por hablar de mujeres. Muchos traen entre pecho y espalda el secreto de alguna mujer. Muchos no, todos. Menos Carmona, que no dice nada, y menos yo, que niego.

Cuando Basilisco revisa la fila, instantáneamente acorde con el toque respectivo, me encuentra correctamente cuadrado, mirando llover, con mucha exactitud en el puesto que me corresponde. En la altura, el zinc se defiende del agua y encrespa el lomo, y el agua se triza y salta como en pedacitos de vidrio. Por los postes del corredor bajan hilitos de agua y los hilitos se van desenrollando largamente y tomando, poco a poco, el color verde de los postes, hasta formar una pocita abajo, y, entonces, los postes se asean los pies tranquilamente.

—¡A la derecha!

Hacemos un movimiento preciso, de monitos de cuerda. Después de todo, no cuesta nada girar para donde Dios ordene. Y el hombre que hace un giro que le ordenan, lo hace con toda buena voluntad. Ahora comprendo fugazmente a Basilisco y su anónima misión trascendental... Con hartos Basiliscos en el mundo... vaya... claro: a una voz de mando todo el mundo marcha, y asunto concluído.

Llega hasta la fila con apresurados pasos cortos, y suaves, un caballero estatuario, vaciado en bronce. El bigote está hecho con rayas de carbón. Saluda a dos pasos de distancia, y el saludo lo hace con movimientos rítmicos, con leve inclinación de cabeza, y, al mismo tiempo de hacer la inclinación de cabeza, el caballero estatuario esboza una fina sonrisa de corte. Se mira los chanclos barnizados con relumbre de negro, y nos dice con voz medida:

—Buenos días, jóvenes...

—Buenos días, señor...

Insinúa otra sonrisa aún más fina:

—Señor Moscoso... (Basilisco echa los hombros atrás y junta los codos a las costillas, orgulloso de llamarse así) ¡Cuánto agradecería a usted subir con los jóvenes alumnos (y señala las barandas del segundo piso), y llegarse hasta los

roperos, y permitir que los jóvenes alumnos bajen con sus hongos respectivos, señor Moscoso...

—Con el mayor gusto, señor Rodríguez...

Y los dos hombres se hacen mohines corteses. La lluvia parece no querer ser menos y apaga el sobresalto clamoroso y rural, y cae ahora urbanamente, y es un llanto de gran señora que ha perdido al marido. Sólo la llave mal ajustada del pión parece silbar a los artistas.

El señor Moscoso nos recomienda subir en puntillas, y no hacer ruido con los candados de los roperos. Los roperos son unos cajones altos y rojos, alineados como centinelas de piedra que tuvieran una condecoración en el estómago: casi todos los candados son amarillos. Subimos, efectivamente, en puntillas, y abrimos sin ruido los roperos, y renegrean las alas agitadas de esos horribles sombreros de mal augurio. Hacemos el ejercicio de abrir los roperos con todo cuidado, agradecidos casi, porque hemos notado que Basilisco, desde que fué llamado señor Moscoso, se metió la libreta en el bolsillo.

Sólo el apresurado Santibáñez no puede dar con el secreto de su candado de seguridad, y forcejea vanamente.

Desde los altos, por sobre el techo del comedor, se ve cómo se estira pesadamente una raya de humo, y ese humo trae olores a cosas de comer, y da hambre.

—Fué con cuatro letras no más—repite tartamudeando el desconfiado melipillano— con cuatro le-tr-ras.

Y vuelan las palabras de cuatro letras y se arremolinan en la cabeza de Santibáñez y le entorpecen las manos.

—Vela, rosa, pico, bola, anís, misa, mamá...

—¡Amor!—recita Pirinola levantando los brazos y acaramelando la voz.

—¡“Leso”!—lo burla Guajardo.

Pero el señor Moscoso da orden de bajar.

—No se puede perder el tiempo... ¡Bajar! ¡Bajar en orden!

En la sala, el señor Rodríguez se pasea tranquilamente. Y, tan correcto como es, se pasea dentro de la sala con el tongo encasquetado... Pero lleva el tongo en forma honorable, impecablemente horizontal.

—Jóvenes alumnos...

Hace unos cuantos contoneados pasicortos, y su maciza cara de bronce, con bigotes rayados a carbón, expresa la certidumbre de que nos hace un recibimiento principesco, con toda la cortesanía protocolar, sazónada con la cordialidad amable y distante del funcionario al escribiente.

—Jóvenes alumnos... no procedáis a sentaros... Haced-

me el favor de alinearos al fondo de la sala, y manteneros de pie en forma correcta; pero, en manera alguna, forzada... Hacedme el favor, jóvenes...

Su lenguaje, altamente extraño y figurero, en violento contraste con su tenida ensombrecida dentro de la sala de clases, me hace sospechar que estamos ante un malo de la cabeza, y, así, al oído le dejo caer mi duda al Mono; pero Marín me dice que no, que, al contrario, es muy cuerdo, y muy bueno; pero que es muy "pije" y por eso se le llama el Pije.

Cuando se cerciora de que estamos más o menos en forma correcta, pero de manera alguna forzada, da por la sala unos pasos medidos, casi elegantes dentro de su inutilidad.

—Jóvenes... estamos en la vía pública... Hacedme la gracia de colocaros el sombrero y de dar soltura a los miembros... no lo olvidéis... naturalidad por sobre todas las cosas... Estamos en la vía pública...

Y el agua pícara, ahora se apila en los vidrios a reírse de nosotros, y del señor profesor, y de la Fábrica misma; se apila el agua a reírse en los vidrios y hace llamados discretos a fin de ganarse la cortesanía del señor Rodríguez; pero el señor Rodríguez está dispuesto a no usar el paraguas, y la lluvia se queda afuera, mirándonos, y riéndose. Y el señor Rodríguez sonríe comprensivo al vernos entongados.

—Estamos en la vía pública, jóvenes... (Nos hace una larga historia del saludo a través de todos los tiempos y de todos los climas, y después de caminar con paso seguro por los senderos oscurecidos de la Historia, vuelve a nosotros).

Así es como nos encontramos con nuestras costumbres, menos refinadas; pero más ciudadanas...

—Estamos en la vía pública, jóvenes... ¿Os dais cuenta del movimiento de las gentes? ¡Ah! ...si me permitís... No veo la necesidad de inclinar el sombrero al ojo... Se diría que acusa mal gusto, o cierto añijamiento incompatible... Retiraos un poco... moveos... Quizás no esté bien echar el hongo tan atrás, apoyado en la nuca... seguramente que no está bien, jóvenes... Eso... quédese para los hombres guapos, amigos—como se dice en Argentina—del bati-fondo, o, como se dice en nuestro país, del boche, o, como es cristiano y castizo decir, de la gresca... incompatible con nosotros, jóvenes alumnos... Paréceme que la manera de llevar honestamente el hongo la podéis ver en mí... Jóvenes... empeñaos en imitarme.

Nos miramos al espejo vaciado en bronce, al espejo con

bigotes rayados al carbón, y, después de no poco esfuerzo, logramos que el espejo nos sonría su aprobación.

—Muy bien, jóvenes alumnos... Ahora... Pero qué extraño: ¡un alumno sin su respectivo hongo...!

Tatará explica velozmente su caso y nosotros servimos a manera de intérpretes.

—¡Ah!, sí... ¡Pero qué vehemencia para hablar! Comprendo. ¡Maravilloso candado de seguridad... joven! Suggestivo... ¡Un candado de seguridad asaz seguro! Pero, jóvenes... Estamos en la vía pública y nos debemos mutuamente el saludo de uso entre personas educadas... Voy a demostraros cómo...

Se retira hacia un lado de la sala y vuelve y camina en dirección a nosotros con aire digno y sosegado, algo abstraído en reflexiones de su apaño. De pronto, se anima el rostro de bronce; pero todo no pasa de ser un chispazo de enlucido estrictamente correcto, y, al llegar a un paso del grupo que va a saludar, se le ve (parece que lo hace con la mano), se le ve enmelar una sonrisa impecable; y, sin borrar la sonrisa, ahí mismo, a un paso del grupo, se lleva la mano izquierda a la parte delantera del tongo, y, el pulgar debajo, el índice y el del corazón arriba; con movimiento fácil, elegante y pleno de dominio, abátese el tongo hasta la altura del esternón; anídase fugazmente ahí; en seguida, musicalmente acordado con una inclinación soslayada de la cabeza magistral, el tongo, con el vacío de la cabeza hacia arriba, imita un movimiento de excusa, insinúa un airoso y lento pase de muleta, algo así como el leve quite del pañuelito de la niña en la cueca, y, hecha ya la nobilísima fuga al exterior, el tongo se pára en seco, de filo, a la altura de las caderas, y ahí se equilibra un momento para mostrar, como que no quiere la cosa, la seda, y los sellos, y las medallas doradas de los premios, y las rúbricas de la "Casa Francesa".

Aquel singular artista del saludo y de las buenas maneras, hace su trabajo concienzudamente, sin noción alguna de su inmenso sacrificio. Y nosotros, muchachos montaraces en su mayoría, aunque en su mayoría con pujos de caballeros, no sabemos apreciar la desinteresada abnegación de aquel maestro. Hasta Guajardo, que, zafio como terrón en el surco, saluda con tanta fineza como si pegara un rebencazo, se permite criticar por lo bajo:

—La laya de saludo... ¡con la izquierda!

Y, muertos de hambre, soportando la burla de la lluvia que pega la nariz a los vidrios para reírse de la pantomima normalista, debemos, uno a uno, pasar ante el señor Rodrí-

guez, estatuario, vaciado en bronce, rumiante de la buena crianza; y debemos ensayar una y otra vez el tiempo uno, el tiempo dos, y el tiempo tres...

Desfilamos tejiendo la pavería ante el solemne profesor de bronce, y la corrección es implacable.

—Tiempo... ¡uno! ¡No, joven... no... de ninguna manera... No se trata de presentar armas precisamente... Flexibilidad, naturalidad, distinguida llaneza...

(Entretanto, Santibáñez, magro y deshilvanado, aprovecha su condición de joven alumno que, a causa de su candado de seguridad "asaz" seguro, no tiene a mano el hongo respectivo, y se aísla en un rincón, y, de cara a la pared, ensaya tenazmente el tiempo uno: encoge el brazo con energía, se pesca el mechón de la frente y se lo tira a rabiarse).

Guajardo ensaya ante el profesor; a cada tranco, un sorbo, y, cuando llega el momento culminante, echa una gran sonrisa fuera del cuerpo y levanta el brazo izquierdo; pero el profesor observa:

—Joven... un poco menos de trote... Además, no he tenido la fortuna de hacerme entender, jóvenes en general... Nunca el brazo ha de ocultar el rostro de la persona que saluda... No siempre, pues, ha de actuar la mano izquierda... ¿entendido para siempre? Ahora... sigamos, joven... Pase el tiempo uno; pero... sumo cuidado con el tiempo dos... ¡Tiempo dos! ¡Oh! Nada de movimientos mecánicos... No es una clase de gimnasia precisamente... No se trata de esgrimir el hongo... ¿entendido? Si pudiéramos decir... hay que esforzarse por que no se conozca el esfuerzo... No... esa sonrisa no... le sobra sonrisa, joven... Una sonrisa así, joven... imíteme... que la sola sonrisa sea una clara certificación de simpatía y de urbanidad... ¡Tiempo tres! Repetidos ejercicios, joven... ¿qué? ¡No dispare el hongo, joven!

Carmona se acerca a mí, y su cara de viejo es una acusación tremenda en mi contra cuando susurra:

—¡Pelotas!

Con un guiño me indica al profesor; pero, aunque personalmente me alivia el no ser yo el culpable de tanta cosa, de los saludos aburridos y de la lluvia tristona, me da pena que el profesor sea tan así.

—Ahora en conjunto... ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! Sin apresuramientos, veamos... si me hacéis el favor... Cuando yo baje este dedo... vosotros haréis el saludo completo... ligando las partes de manera que no se conozca el juego... ¡Cuidado con la inclinación de cabeza! ¡Cuidado con la sonrisa! Fijaos en mi dedo... listos... listos... ¡Ya!

Los tongos, perfectamente amaestrados, tiñen de negro el aire y hacen ruido de cartón... Repetimos "la maroma" hasta fatigar los tongos, que, con la lengua fuera, sudan.

El profesor está satisfecho: le relumbra el orgullo en el bronce de la cara, y el profesor es un monumento, y apenas si se echa de menos que le cuelgue largamente la fusta para representar a lo vivo el monumento consagratorio "Al Domador".

Y todo parece un circo de animalitos sabios: Guajardo es el oso; Pirinola, el perrito faldero, y los demás somos comparsa, y los bancos son los personajes viejos que se quedan dormidos, y la lluvia hace la galería, fácil al aplauso y a la rechifla. El comedor, orondo, hace las reverencias de estilo:

—Excelente, jóvenes alumnos... Asimiláis las maneras en forma admirable... Atended: para la próxima clase, podéis traer algún trabajo escrito... verdaderamente, un resumen de lo que hemos conversado, en que se establezca: 1.o, 2.o, 3.o, 4.o, 5.o, 6.o, 7.o, 8.o, 9.o y 10.o, etc.... ¿He tenido la suerte de darme a entender, jóvenes? Haced el favor de no olvidaros: Breve reminiscencia de la historia del saludo; el saludo a través de las Sagradas Escrituras; estática del saludo en el Oriente; evolución del saludo en Occidente; el saludo en la Mitología; evolución del saludo entre los sexos, hombre y mujer, vale decir, macho y hembra; el saludo del caballero a la dama; la gracia de la dama al caballero; prehistoria, historia y evolución del sombrero; tiempos actuales...

La lluvia se ríe con toda la boca, y los vidrios regocijados se enjugan nerviosamente la ducha que les baila en la cara... Hambre y buenas maneras... Y el Domador, orondo...



VIII

Rojitas no quiere tocar para entrar al comedor. Con esa sonrisa que se anda chupando Rojitas, como si en todo momento anduviera con una pastilla de café con leche en la boca, Rojitas hace ladinamente lo que se le antoja. Apresura o dilata las horas, según el humor que tiene. Rojitas no tiene hambre. Por eso ha detenido el hermoso reloj antiguo que ennoblece la portería, y el reloj tampoco tiene hambre; por eso no puja por echar a correr.

Me acerco al pilón, y en un blanco jarro de porcelana que está amarrado al cañón de la llave con un cordel remojado, bebo lentamente, a sorbos, mientras el jarro es salpicado por la lluvia, y nacen al jarro manchas terrosas en el dorso blanco. Las salpicaduras del jarro me saltan a la cara y me refrescan el torvo gesto hambriento.

Me da sed cuando llueve, y me gustaría raspar la cáscara de una atigrada sandía inverniza; raspar la cáscara con energía, con gloriosa alegría, con una cuchara de lata, así como un buen palomilla agradecido, en la Vega, a la orilla del Mapocho, y después, empinado en el antepecho, tirar la cáscara al río, y verla navegar rápidamente, haciendo suertes en las olas chocolates de las aguas gredosas...

Hambre. El muy taimado de Rojitas no quiere tocar.

Tatará ha concluido de contar algo en taquigrafía. Celebran los muchachos, más que la tontería del caso amoroso, el lenguaje atropellado de aquel esqueleto ya *iniciado*, según lo hace mentir su petulancia.

—Y tú, Juan de Dios... ¿qué nos cuentas?

—Nada.

—Hombre... ¡No tienes una chiquilla!

—No.

Se rien y me examinan maliciosos, impertinentes.

—Así que... ¿Te quieres reír de nosotros...? Así que...

—Así es.

Las carcajadas se hacen insolentes y protectoras.

El Mono interviene, perdonándose.

—A lo mejor, Juan de Dios está diciendo lo cierto...

¿Quién no ha estado alguna vez en su caso?

¿Alguna vez... en mi caso? Estos muchachos (Pirinola apenas levanta del suelo), hablan en tiempo viejo de *aquello*. Tiene que ser mentira todo. Tienen vergüenza de su pureza. Y hablan mentiras, y celebran las mentiras:

—Era una viuda así de grande, así de gruesa, etcétera, y qué sé yo...

—¡Pirinola!

—¿Qué sabes tú? (Me mira con tal suficiencia que no tengo más remedio que sonreír). Cada pecho así... Daban ganas de asarlos al palo... Claro que yo ni lo pensaba, ni lo había pensado nunca todavía... etcétera. Pero la señora era amiga de casa, y como soy chico de cuerpo, etcétera... me tomaba en brazos, y yo sentía arder la falda de la diabla... y las llamas me quemaban el trasero... etcétera... y me besaba, y yo me le colgaba del cuello, y la cabeceaba los senos... Primero comenzó a manosearme de a poco, como al descuido, y después... yo mismo le decía que ahí me gustaba... Entonces me dijo "riquito"... y una vez le metí la mano hasta la liga, y ella se me fué resbalando... hasta que una tarde, y después todas las tardes... ¡y qué sé yo!

—¡Una cochina mentira!

—Echale, diablo... A mí me sucedió en el campo, a la pasada de un estero... y fué con la vieja Pelá. La vieja Pelá vagabundea por los fundos, siempre de afuerina. Tenga o no trabajo, nunca le falta el puchero. La peonada joven descansa en la vieja Pelá con la misma confianza que sobre una gavilla. Cuando no tiene trabajo, la vieja se sienta tranquilamente a la orilla de los regueros, y se levanta las polleras hasta los muslos, y espera que el sol haga lo demás. (Guajardo sorbe lo de su nariz, y sonríe maliciosamente). No crean que es tan vieja... Y hasta dicen que sabe hacer de partera. A la orilla de los largos caminos se sienta en alguna piedra. Parece que siempre llevara una piedra en las ancas para sentarse. Tiene buenas ancas, no crean... Bueno; yo la encontré sentada en una linda piedra redonda al lado del estero. Yo tengo un caballo tordillo, y yo iba de a caballo...

—En el caballo tordillo... ¡Pelotas!

—En mi caballo... ¡Acaso quieren, hablo!

—Pero cuenta de un tirón, hombre.

—La Vieja me dijo: "Oiga, guaina, pásame a l'anca pal otro lao". Me costó acercar el caballo a la piedra, y la Vieja

se reía... “¡Benhaiga con el guaina! ¡Y con “esta” calor!” Al subir al anca, la Vieja se abrazó a mi cintura y me apretó “de manera”... ¡Echale, diablo!, le decía yo. Me fui acalorando, y nos bajamos al otro lado, a refrescar debajo de un sauce... Yo no sé cómo fué; pero la Vieja maldita me dijo de primeras que no se podía y que la dejara “abreviar” su camino... La sombra del sauce le tapaba la vejez a la vieja, y el calor y la resistencia todo se juntó... y me la habría ganado, si no es que “me lo permitió” cuando me vió “a punto...” La Vieja parecía una callana tostando... y no me quería largar... Cuando me vió inservible, se apartó de mí y se quedó callada largo rato. Me dió vergüenza. Y el sauce ya no le ocultó la vejez, y me dió asco. Y entonces subí a caballo y le ofrecí llevarla al anca; pero aquel atado de barro caliente se quedó callado. Me fui. Al entrar al recodo del camino, eché una mirada atrás, y en el estero, en el medio del estero, vi a la Vieja con las polleras arremangadas hasta la cintura... como refrescándose...

A todos los han echado a la vida mujeres de cierta edad; vindas, solteronas con pujos virginales, sirvientas gruesas, mujeres casadas, beatas... La verdad o la mentira de todos los días, y de todos los tiempos.

—Pero a mí fué distinto — dice Terán tranquilamente, con la natural pulcritud de su corrección... —. Es decir, casi me pasó distinto... Hablo de la primera vez, hace tiempo... Hay en mi pueblo un señor muy ejemplar... Es casado; joven y hermosa la mujer... Tres o cuatro hijos... Desahogada posición económica. Pues... ¡aquel señor intentó ser mi primera mujer!

—¡Echale, diablo!

—La verdad, don Guaja... Pero el asunto se lo conté bajo secreto a... voy a decirles... a una lindísima sirvienta que tenía aquel señor... y la preciosa no lo permitió... y fué ella.

—¡Echale, diablo!

—La verdad, don Guaja...

Trato de hacer certidumbre en mi alma, y es mi alma la que me sostiene diciéndome: “¡No puede ser!” La Vida no puede ser tan cochina. Hay que tener un cariño, y es bueno encariñarse con esta certidumbre ingenua: ¡no puede ser! No puede ser sin amor...

—Y me pringó con un chancro así... de rosa.

El muchachón que lo dice es más alto que yo, con más aire de burro que yo, porque sólo es burro en las quijadas, y yo lo soy en los ojos.

—¡Mentira, Terán! Te calumnias...

—Si quieres... te lo muestro.

—¿Qué diría tu madre, Terán?

—¡Mi madre! ¡Qué tienes tú que sacar a mi madre!

—Nada.

Pero el muchacho tiene un terrible concepto del honor, y, lo que es más doloroso para mí, del honor de su señora madre. Se pone — como es fuerza que se ponga todo hombre de honor — muy amarillo; se le amontona, cuajada, la saliva en la comisura de los labios, guapea insensatamente, y grita con infulas:

—Esto... ¡tendremos que arreglarlo mano a mano!

—Pero claro, Terán, mano a mano, y cuando quieras. De tu mamá no he dicho nada; de ninguna mamá diría nada... Pero a ti que te calumnias... ya sabes: ¡mientes!

Marín ya tiene entretención para la noche: concierta el encuentro y estipula las condiciones y las armas: sin agarrarse y a chopazo limpio.

Da un poco de lástima, y algo de risa, ver a Terán, tan alto, con sus enormes quijadas de asno, y con el gesto tan atravesado, tan incapaz de ocultar su rabia: parece una tetera de latón que hierve.

Por fin, a Rojitas se le ablanda el viejo corazón, y nos alegra el ánimo con el enérgico campanilleo del timbre sonoro. En la Escuela debe haber un timbre para cada hora; el que toca diana y el que distribuye las horas de martirio, no pueden ser este dulce timbre maternal. Es una sana alegría del estómago la que nos despeja las ideas oscuras de hace un momento. Mi ser humilde, todo tejido con menudos pedacitos de vanidad, está tomado ahora por una blanda emoción fraterna a todas las cosas, y se confiesa que es feble.

Estoy arrepentido de haber atravesado mi sentir en las fantasías de mis compañeros. Daré una explicación a Terán y rogaré que me perdone. Su chancero rosa puede ser su más cara ilusión. ¿Me parecería mal que ostentara un rojo clavel en el ojal? Hay que ser respetuoso y tolerante. Carmora — ése me gusta — con su cara de viejo procede a modo de un viejo: calla y observa, y nos estudia; y todo lo resume en su palabra: pelo.

Al toque del dulce timbre maternal que nos anuncia la papa, clarea el aguacero turbio, se animan los rostros, y el alumnado pierde sus maneras normalistas, y corre jovenmente a la formación, y, con alegre voluntad y disciplina fácil, las formaciones quedan paralizadas, correctas, con el oído suspenso, en ansiosa espera de la voz de mando. Ahora com-

prendo que en el mundo sólo el Hambre puede girar unánimemente a una voz de mando que sepa señalar la pesebrera; pero Basilisco se queda callado y no quiere darnos cuerda para asaltar el comedor.

El señor Moscoso (quizás sorprendió mi pensamiento y me oyó llamarle Basilisco, y por eso no quiere darnos cuerda). observa avizor desde la esquina en diagonal a la ancha puerta del comedor. (¡Cómo huele el edificio entero a rancho caliente!). No hay un movimiento en las filas, ni un gesto en los rostros desmirriados. Estamos clavados, haciendo una visión de viejos espinos sin ramaje.

Cuando el oído alucinado percibe en la lejanía que viene de trote la esperada voz de mando, y cuando ya los músculos se van a torcer a la derecha (que es todo lo que hay que hacer), asoman el Director y el subdirector... Los miro con rabia sorda; son los jefes supremos, que no comprenden el momento, y que van a dejar que pase el minuto preciso, que se nos esconda el hambre, y que la inanición nos deje con las manos estiradas para siempre.

El señor Director inspecciona las filas, seguido del silencio negro del señor subdirector. El subdirector es el temido — no sabemos por qué — quizás por lo negro. Sólo sabemos que se le llama "El Chunchu". Yo le veo el alma triste y cansada. Sigue en silencio al Director: parece la sombra recortada de un álamo.

—Uuss alláa.....

Algo dice el Director en las filas del III año. Veo al muchacho del violín que da un paso adelante. Dice unas palabras, y vuelve a la fila. Cuando la inspección va a llegar a nuestro curso, el señor Moscoso se adelanta y me ordena dar un paso adelante. El señor Moscoso me pone en evidencia ante el señor Director, y el Hambre se me detiene un segundo en los dientes, y después extiende sus alas de viento y se echa a volar...

El Director inclina sus lentes, y me mira atentamente, (estoy bajo el microscopio), y me observa estirando su paciencia de sabio... Me retira del microscopio. Ahora, siempre inclinado, me examina mirándome con ojos claros por sobre el cerco de oro de sus lentes. Me dan ganas de estirar la mano y coger los lentes, e impedir que caigan en el cemento y se hagan trizas. Temeroso de cometer un desacato, me quedo tieso. Estos lentes deben saber todos los idiomas, pienso; en balde la ciencia trataría de esconderse: estos lentes la pillarían siempre. Admiro la cabeza maciza del Director,

toda nevada de años, y de disciplina, y, a mí se me antoja, de bondad.

—Uuss alláa...

Siento en mis nervios la mirada de toda la Fábrica, y no quiero que se me vea tembleque. Aquellas miradas de los pajarracos que me observan, miradas que no veo, y que, sin embargo, siento, son como palabras diversas llegadas a mí por el pensamiento contradictorio de cada pensamiento... y no son palabras de estímulo, pues que todos tienen hambre, menos yo.

Aguanto el brillo de los lentes sin pestañear, y para substraerme del poderío de los lentes, pienso; y me subo a pulso por los hilos de agua de la lluvia y me encaramo en el tejado de la Escuela, y, desde ahí... bueno, tengo que bajarme... y una pequeñísima araña invisible teje en el aire la seda de sus hilos y se me anublan los ojos... Se detiene la lluvia, escuchando; y hasta el mismo pilón ahoga la gota que cae; y, a mi pesar, los alumnos opacos, y la lluvia silente; y el señor Director, y el señor Basilisco; y la pena, todo se enmaraña y da vueltas frenéticas alrededor de mi grande miseria.

—Uuss alláa... malo alumno...

Me señala la frente con un dedo grande, y gordo, y muy limpio; y el Director levanta un poco más la voz, al mismo tiempo que hace unos gestos extraños, de gigante que viera a sus pies un gusanillo de otra laya que los de su criadero.

—Uuss... alláa... ¡Máalo... máalo... máalo alumno!

Pues ahora me da no sé qué. No es rabia; pero no le tengo nada de miedo al Director: eso de que tenga lentes tan sabios que deben saber leer todos los idiomas, y de que aquel alto caballero que parece una montaña nevada, hable tan penosamente unas palabras tan sencillas — palabras que yo digo con los ojos cerrados — me defiende de la grandeza de aquella montaña que, poco a poco, se me va achicando hasta parecerme una lomita enmelenada con teatina seca.

Entiendo que me pregunta el nombre, y se lo digo. Agranda los ojos, y los lentes espejean; pero ya nada me impresiona.

—¡Yes! Juua-no... ¡Malo alumno... Juua-no!

Miro fijamente los lentes macizos, y otra vez la arañita invisible teje en el aire los hilos de seda que me anublan los ojos. Se acerca el subdirector, y me pone al frente su rostro obscuro. Es una buena sombra, con una cara salpica-

da de pequeñas ampollas, señales de viruela que no consiguieron dejar el hoyito de la picada en la dura pizarra del rostro. Descanso la mirada en la cámara obscura que tengo delante, y que me aprisiona sin violencia.

—Usted no debió entrar a la sala de otro curso, aunque lo llamaran... (Es una voz fatigada y limpia que me pasa un consejo).

—Nadie me llamó, señor.

—Uuss alláa... ¡Juano! ¿No llamar... no decir... ven?

—No, señor.

—Uuss alláa...

Parece que el asunto es complicado. Hace señas a Basilisco para que proceda, y Basilisco ordena:

—¡A la derecha!

Y ahí dejamos al señor Director, reflexionando, con la mano izquierda sosteniendo el ojo derecho, y la mano derecha sosteniendo la barba, abismado, completamente ausente de la sabiduría de sus anteojos de cristal y de oro.

IX

Al entrar al comedor todo es un solo ruido de sillas que arrastran las patas, chancleteando, como las esposas fieles y descuidadas.

Sonajas de platos; retintín de cucharas; vaho rancioso a fritangas; revuelto todo en libre curso y todo en semipe-numbra, y por sobre la alegría de los objetos que bailan y cantan, la robusta alegría de las mandíbulas que callan y comen.

Al pasar, me pesca la mano el muchacho del violín, y me sonríe con sus espinillas.

—Oye... No aflojes, Carnerito... ¡Diles que yo te llamé!

—¡Bah! Ya les dije que no.

—La mataste... pero está bien.

Mientras el jefe de mesa bucea en la sopera esmaltada — en sus tiempos — de blanco, llena ahora de saltaduras que parecen treinta ojos negros que nos miran sonrientes, y mientras el jefe se esfuerza por hacernos plato de manera imparcial, devoramos la marraqueta mordisqueando con deleite. Sólo Quinteros, reservado y parsimonioso y muy escamado por lo del café, descascara con las uñas el pan que nos parece de milagro, y roe con roer de laucha. El jefe se atusa el bigote con los dedos abiertos, nos echa una pálida sonrisa, y nos instruye: — Del segundo guiso se puede repetir la mitad de la mesa alternativamente. Lo mejor es pedir repetición, y si alguien a quien corresponda repetirse está satisfecho — porque suceden estos casos en trances de enfermedad — cede su ración.

Espero con ansias el segundo guiso, esperanzado en que sea mejor que esta aguachirle rancia que hemos engullido con la energía desesperada del que se decide a tragar rici-no, y el segundo guiso me resulta porotos; porotos, es decir segundo guiso, hoy, y mañana, y siempre. A mí me gustan los porotos, pero no enfutrados de guiso.

Los mozos ajetrean, cortada la cintura por las grandes bandejas de madera, que, cuando traen los guisos, apoyan en el extremo de la mesa.

Quinteros y Pirinola cogen los platos para pasarlos, y los platos van de mano en mano, haciendo oleadas blancas y redondas, hasta achatarse en el hule amarillento. Quinteros no se apura por nada del mundo, y esto hace que don Guaja le grite el sobrenombre; pero el jefe lo mira, se alisa el bigote, y no dice nada... Entonces don Guaja se pone rojo, y cucharea a tropezones.

A cada plato que pasa, Santibáñez le pega una profunda mirada, e intenta movimientos de dejar el plato que le parece mejor; pero no se atreve.

Al recoger los platos, colmada la bandeja, los mozos huyen hacia la cocina haciendo señas con sus delantales de lona harinera.

Por la ventana, al levantarme ansioso de ver espacio, me tropiezo los ojos con la opaca y severa figura del ecónomo. De pie tras un mostrador donde humean unas grandes ollas, parece, en medio de la humareda, ser el héroe de una batalla. Si yo fuera ecónomo, en vez de guisos ordenaría aliñar cosas de comer. Una o dos cosas de comer, nada más.

—¿Cómo encuentra la comida? — pregunta el jefe.

Y yo miento:

—Mejor que en mi casa. (Repaso mi vida: criado en grande apuro de pobreza; pero, comer, eso sí; de un plato, o de dos; pero oloroso).

Miro la larga sala, y en la penumbra, en el fondo, clarea un espacio separado de nosotros por un arco a mitad del ancho de la sala sombría. Diviso a los señores profesores que, rozagantes, conversan animadamente con ademanes didácticos. Mientras unos engullen, otros echan humo, y mantienen el cuerpo muy adelante y la cabeza muy atrás. Los ojos sabios de los que fuman se adivinan entretenidos en captar las formas de las volutas coquetas. El mozo de los señores profesores (el jefe nos ha dicho que "hay que estar bien con Sánchez") se pasea, albo y tranquilo, a la espera de órdenes. Sirve en una bandeja pequeña que sostiene en una mano, con los dedos en punta, como si la bandeja estuviera clavada a los dedos. Parece un hombre feliz y superior. Ahora me explico por qué los normalistas reciben con tan buen ánimo las marraquetas que él, el hombre superior, ablanda y entibia en las verijas.

A pesar de todo, se hace la paz en el estómago, paz de

hogar, como se hace la paz en las manos frías estiradas sobre un brasero.

Y casi no hay disposiciones para el tercer guiso: la cebolla frita estirase lacia sobre el pedazo de carne que no alcanzó a ser biftec, y que, sobre la nieve del plato, exprime la cera negruzca de su miseria, tal que el último llanto de un cabo de vela sobre la palmatoria blanca.

La agradecida paz del estómago se cruza de brazos como un señor antiguo, somnoliento y devoto.

Mientras se va aumentando el ruido en la sala con vago fragor de tormenta, conversamos comedidamente con nuestro jefe. — ¿El Director? Fué contratado en un lote... Durante algún tiempo dictó clases de Castellano... Después se descubrió que más servía para Director, y lo ha hecho bien...

Pero mi estómago agradecido no oye nada, y no quiere reír la risa de los demás. Medita el agradecimiento de mi estómago en el glorioso esfuerzo rural que hizo posible el segundo guiso, y, medita también, con calor de piedad fervorosa, en el cruento martirio de la res inocente y escuálida que hizo posible estas lágrimas de cerote que condecoran el plato. Y, a pesar de la queja de los techos de zinc y de su llanto a borbotones, es mi noble estómago el que hace la magia embrujada de un sol rutilante en mi cerebro. Y veo el campo otra vez, igual que lo vi. Las hileras del porotal se abrazan con sus guías, que se han hecho rubias y capilares. Las matas envejecidas liarón cigarros con los rayos del sol y se tiñeron enteras de nicotina. De un tirón arrancamos las matas, y las sacudimos rápidamente, y las raíces se abren como dedos trémulos. La más joven de las mujeres canta el canto que no ha podido cantar a su niño, embarrilado en un cajón, bajo la patagua. Jugamos a quién llega primero a la otra punta. Avanzamos retrocediendo, mirando por entre las piernas. Se parten las hojas resacas como finos cristales ahumados. De pronto, un grito: ¡Culebras! Corren los muchachos con la cotona al viento, la chupalla caída a la espalda, sujeta del cogote; corren los muchachos y vuelven con manojos de varillas de palqui y las culebras arrancan haciendo ruido de quemazón entre las hojas, y toda la chacra parece incendiada con el sol que las culebras se llevan en el lomo... Ahora, la realidad del momento: estoy encadenado en la Escuela Normal; pero mi estómago está agradecido; aunque llueve largamente...

Y, a pesar de la lluvia insistente, la Juventud revienta en los labios de la triste juventud normalista, y el comedor trepida con la bulla, y los varios ruidos, de voces, de platos,

de tazas golpeadas con el badajo de los cucharas, molestas al oído del señor Basilisco, que, desde un rincón, mueve la cabeza de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, lentamente, repasando y alumbrando la penumbra, como si su ojo turno fuera un reflector poderoso, y el comedor una oscura profundidad amenazante a modo de piélago, y nosotros y nuestras debilidades fuéramos los náufragos, y él, Basilisco, encarnara el Faro y diera alientos al hombre del bote salvavidas: la libreta de castigos.

El ruido se hace hostil, se oyen suaves silbos, silbos recién nacidos que se echan a gatear por el comedor en busca de otros, y que van creciendo abrazados con otros, y que, ya de jóvenes, hacen calaveradas. Y el pobre Basilisco, acaso muerto de hambre, se revuelve avizor, con la libreta abierta y el lápiz atento; pero no pesca nada. Las salidas de tono se encumbran hasta el techo, y recorren toda la sala, escandalizando. Y el ojo turno clava como una saeta; pero no logra ensartar a nadie.

—¡Basilisco! ¡Basilisco!

Baila en el aire, se recoge a los rincones, salta a las ventanas, armoniza con la lluvia, bala, ladra, muge, cacaraquea, resbaladiza a modo de un pez de color que se escurre en una pileta, como un pez que se le va de las manos al señor inspector, burlándolo, desesperándolo, dejando un rastro viscoso, igual que un pez resbaladizo la palabra odiosa, ofensiva, impiadada:

—¡Basilisco!

Nos quedamos suspensos, mirando a nuestro jefe.

—El III año consiguió esta rechifla — explica el jefe. — ¿No lo sabían? Tanto mejor...

El inspector, pálido, apoya las espaldas en el alto zócalo de madera, junto a nuestra mesa, y domina todo el salón. Parece dispuesto a ir de frente, dispuesto a embestir como un toro de lidia, hecho una flecha, recto y ciego contra el trapo rojo que le incendia la sangre.

No nos mira, y tan agarrado está a la voluntad de mirar de frente, que el ojo turno está inmóvil, clavado casi sobre la nariz.

De repente, en seco, se hace el silencio de las voces, y se abre camino un claro repiqueteo en las tazas, con diferencias de tonos, haciendo escalas, como una burla de pájaros. Después, mientras los normalistas que se ven dominados por la inspección de Basilisco, no mueven los labios, fijos los ojos en la víctima expiatoria, roncamente acompasa el rencor una rechifla:

—¡Que se va-ya Ba-si-lis-co! ¡Que se va-ya Ba-si-lis-co!
Corre el señor Moscoso a pasos rápidos, husmeando, y llega al otro extremo, y en todo el largo camino lo persigue el grito:

—¡Que se va-ya Ba-si-lis-co!

Es lastimosa la situación del pobre caballero; pero también es cierto que él mismo ayuda a hacerla más lamentable, ya que se toma tanto afán por tan poca cosa.

Me acerco a él en espíritu, y pienso que todas sus nerviosidades y extremos disciplinarios pueden estar determinados por la mujer de este caballero, que, acaso, no sabe zurcir los calcetines.

Los señores profesores, en su comedor de mantel albísimo, indiferentes al martirio del señor inspector, siguen conversando con ademanes didácticos: el cuerpo muy adelante y la cabeza muy atrás, fumando, y, a la vista, el humo les embrolla la cabeza. El mozo de los señores profesores, tampoco se preocupa del atribulado señor Basilisco, y sólo atina a equilibrar la pequeña bandeja, clavada a sus dedos.

—¡Que se va-ya Ba-si-lis-co!

—Esto va a tener consecuencias — dice Quevedo, nuestro jefe.

Yo quisiera tirar los platos en favor del inspector, y digo decidido:

—Mire: ¡entre tantos no es ninguna gracia!

—Pues... el año pasado le tiraron tazas...

—¿Y cómo mano a mano bajan la cabeza y parecen angelitos?

—Hombre... comprenda: un castigo general no embroma a nadie.

—Mire... no comprendo nada.

El jefe me observa sonriendo, y se alisa el bigote.

Arrencia la bullanga. Los insultos se estrellan en las paredes y rebotan igual que pelotas de fútbol, y Basilisco cabecea todo turulato; pero arremete siempre en busca de pescar un Jesucristo... pero los Jesucristos no florecen en esta tierra de ahora.

Me acongoja una gran simpatía que me une estrechamente a la desgracia del señor inspector. Me gustaría que llorara para poder llorar con él; pero no quiere llorar, y, en cambio, suda.

Los insultos lo persiguen. Las cucharas en las tazas zapean el compás: "Que se va-ya Ba-si-lis-co!" Desesperada la víctima, agobiada por la imposibilidad de no poder atrapar a los culpables de a uno por uno, se afirma en la pa-

red y se queda acezando. Ahí lo tengo frente a mí, en la actitud desplomada, aplastada por toda la pena de las estrellas del hombre a quien la mujer amada le dijera:

—¡Estropajo!

Me levanto y le sonrío con toda mi alma, en una entrega total de mi amistad que no busca nada, y le grito con todas mis fuerzas, frente a sus ojos que no quieren llorar:

—¡¡Basilisco!!

Se ensancha el rostro esférico del buen hombre, y una descansada sonrisa triunfal le irisa el sudor, y, como una golondrina, abre las negras alas la libreta, y el lápiz Faber N.º 2, anota una vez más mi nombre, que ya sabe de memoria. Por lo demás, es tan sencillo y tan a propósito: Juan de Dios.



Es una alegría de Pascua, una alegría de niño que encuentra una bolita de cristal debajo del jergón; es una alegría de Pascua la que me invade cuando mis compañeros me dicen:

—¡Pero qué tonto!

No vale la pena discutir, y prefiero acariciar a solas el humilde regalo que me han traído de lejos, a través de las constelaciones, aquellos tres viejos poetas que en sus dromedarios de ensueño vagan por el mundo en pos de la estrella de Belén.

Falta una media hora para reanudar las clases, y nadie sabe qué hacer con el tiempo, bajo los corredores, al lado de la lluvia, que, abotagada con el almuerzo, cae floja, con los ojos cerrados, ganosa de echar una siesta.

Me voy con mi cuerpo largo, cargado de espaldas, y con mis ojos de asno, y me arriesgo en el pasillo que lleva a mi clase, y, pocos pasos más allá, a la ancha mampara de vidrios claros por los cuales se divisa el mundo.

Beso los vidrios con mi frente, y juego con el juguete de cristal que luce en mi alma, y sólo atino a repetir un pensamiento sin sentido: “la vida es buena”.

Frente a mis ojos inmóviles, en la vereda acostada al pie de la puerta de reja de la Escuela; en la Avenida, en el centro, por entre los árboles, saltando las acequias, haciendo quites entre las pozas; en la angosta calle de enfrente que huye y se esconde en un recodo, pasan en procesión las pa-

godas negras de los paraguas; y avanzan, y retroceden; ora embisten con el unicornio, ora se echan plácidamente atrás, o, añiadamente, se inclinan a los lados... Van las pagodas negras pegadas a los hombros, y las piernas tijeretean la tela gris del día... Y los paraguas caídos en los hombros, y las tijeretadas de las piernas, hacen arrastrarse bajo la lluvia un caracol de invierno, viudo de la primavera... Y todo es como una pena que se persigue a sí misma; todo como si los paraguas fueran la pena del hombre, o como si el hombre fuera la pena de los paraguas.

Y así, poco a poco, siento ensombrecer el lindo cristal que alivió mi espíritu, y voy siendo estrangulado por la obsesión de que el mundo está detenido para siempre.

El hocico que hacen los dos ladrillos en la arista del muro — embrujado el hocico griseo por la ceniza del día lluvioso y por la áspera cal de la amalgama — toma perfiles de quijadas abiertas, y las quijadas dan una visión de cementerio pobre: húmeda la herida abierta en la tierra, y a los lados, como tumefacción de belfos, oscuros lomos, y a medio enterrar en ellos, fémures y tibias mohosos, restos podridos de tablas, falanges dislocadas, y rótulas igual que piedra pómez.

Pero, en el jardín frente a mis ojos, las rosas juegan con alegría trémula a tejer miriñaques con los hilos de las nubes desflecadas. Los pétalos tienen gestos de manos femeninas, leves y agradecidas, y reciben con alma abierta y estremecida la gracia del cielo en la plenitud del agua. Un pétalo rojo se desprende y hace arabescos en la lluvia: sangre sacrificada gozosamente.

En las lagunitas que se forman alrededor de los caprichos del jardín — un mar en miniatura; verdes islas en el mar — navegan pomposamente las ampollas que se forman en la epidermis del agua al ser azotada por el cilicio de la lluvia tenaz; navegan las ampollas y forman una sucesión interminable de pompas de jabón, como si los geniecillos hundidos en la tierra echaran el aliento sostenido en suave soplo por el canutillo de las raíces profundas, y las ampollas navegan, y los gnomos ríen debajo de la tierra, y estallan los globitos de seda, y se persiguen con mirada de buey las ampollas de agua; y caen y se levantan, gateando el remedo de guaguas desnudas.

Por entre las rejas, se ve a pedazos una carretela que va corriendo tras los pedazos de los caballos.

De espaldas, bajo la lluvia, refresca la borrachera de toda la vida la calle Jotabeche, y aún, sigue bebiendo en la esquina. Por el claro que dejan los árboles alineados con los

brazos abiertos para tomar la distancia, se persiguen las piernas devotas que van a la cantina, y, al pisar la grada, simulan hincarse.

Un niño descalzo camina pegado a la solera, indiferente a la lluvia, protegida la espalda por un saco que hace un cucurucho en la cabeza del niño: el caso parece un paramento sacerdotal. Con los pies desnudos, pies que adivino enrojecidos en el empeine, y blancos y blandos como guatita de sapo en las plantas, el niño va jugando con el agua turbia que, al impulso, salta y besa las rodillas del moco. Detrás de los talones del muchacho, equilibrándose en la solera, mojado y feliz, el quiltro eterno.

Salen de la Escuela unos señores gordos y reposados, y tiñen de negro el gris de la tarde. Bajo los paraguas enormes, por sobre los chanclos enormes, mientras atraviesan el jardín que enfrenta el mundo libre, levantan la pierna izquierda al mismo tiempo, y al mismo tiempo mueven la pierna derecha, y parece que, al mismo tiempo, aquellos señores gordos murmuran el compás: uno... dos... tres...

Llueve largamente el agua, y llueve largamente el pensamiento. Ahora, la Muerte se puede pescar una pulmonía. Pero la Muerte está acurrucada en los palacios. La Muerte mata a los pobres en la Primavera, y es para la muerte de los pobres que florecen las flores...